

Tea 1-9-12, a3

ZAVALA y ZAMORA, Gaspar

Las victimas del Amor, Ane y
Sindhau: Comedia en 3 actos

1 ep. impreso. [s. l. : sn, s. a.]

36 p., [3] h. mss.

Leg. 4^{to}

1816

Comedia Nueva

Las Víctimas del Amor

Ana y Santham

Acto 3^o

Tea 1-9-12, 93

^t
Del Ayuntamiento de Madrid
~~...~~

2

I
PO
El l
Ana
m
Sina
Pam
El l
d
Ceci

Abr

Ano

t
ã
l
t
c
M
c
t
c
ã

D. Gaspar de Zavala y Zamora

LAS VICTIMAS DEL AMOR, ANA Y SINDHÁM.

COMEDIA EN TRES ACTOS:

POR DON GASPARD DE ZAVALA Y ZAMORA.

ACTORES.

<i>El Milord Darambi</i> , Padre de	enemiga.
<i>Ana</i> , joven Inglesa, casada secreta- mente con	<i>Mauricio</i> , Secretario del Milord, y confidente de Sindhám.
<i>Sindhám</i> , Criado del Milord y Padre de	<i>Ricardo</i> , Mayoral de una Quinta.
<i>Pamela</i> , niña de diez años.	<i>Un Criado del Milord.</i>
<i>El Baron de Fronsivill</i> , pretendiente de la virtud de Ana.	<i>Un Criado de la Quinta.</i>
<i>Cecilia</i> , Prima de Ana, y su oculta	<i>Criados del Milord, y Zagales que no hablan.</i>

La Scena en Londres y sus cercanias.

ACTO PRIMERO.

Abrirá la Scena al amanecer Ana, registrando con los primeros versos una estancia con puerta á la derecha.

Ana. A UN descansan todos: ¡Ah, qué sobresaltos, qué miedos trae consigo un delito!
¿Si habrá venido? Ya dieron mirando un reloj.
las seis; ninguna mañana tardó tanto el dulce dueño del alma en venir á verme, ¡oh caro Sindhám! el Cielo que quiso que yo premiara con el afecto mas tierno tu virtud, no me permite disfrutarla con sosiego.
¿Si se habrá ya levantado volviendo á mirar ácia dentro con sobresalto.
mi padre? ¿Si me sintieron los criados, y curiosos me habrán seguido? No. Pero llaman á la puerta.
ya hizo la seña. Temblando voy á abrir.

Sind. Dulce embeleso de mi corazon, mi Ana, mi único bien, mi consuelo y alegría, ¡quántas penas me cuesta el ver tu alhagüño y hermoso rostro!
Ana. Sí, amado Sindhám, ¡y cuánto lo siento! pero es forzoso: yo amé tus altos merecimientos desde que te ví. Miraba con disgusto (lo confieso) que el joven Sindhám sirviera al Milord mi padre; pero conociendo yo tu amor, y no cabiendo en el pecho ya el mio, á pesar de todo premié tus castos deseos con mi mano: sí, ligamos con el lazo mas estrecho

A

nues-

2
nuestras almas, sin que hasta hoy
otro sepa este secreto
que el buen Mauricio. ¡Ah! ¿tú dudas
que si llegara á entenderlo
mi padre, con nuestras vidas
acabara? No: su genio
es duro, amado Sindhám,
y tu humilde nacimiento:—

Sind. Le irritaría, es verdad:
él desearia un yerno
noble y rico, aunque tuviera
los mas enormes defectos:
yo soy pobre y soy humilde:
tu corazón bien diverso
del de tu padre, no quiso
sacrificarse indiscreto
al poder y la riqueza;
miraste con menosprecio
esos dos dones que tienen
echizado el universo,
y elegiste un hombre pobre;
pero, Ana, un pobre que lexos
de amarte por la ambicion
de las riquezas que el Cielo
concedió á tu padre, siente
no ser señor de un Imperio,
y tú una humilde pastora,
para irte á sacar él mesmo
de tu cabaña, y sentarte
con él en su trono excélso.
Repartió el Cielo á su gusto
los bienes, hizo en efecto
á Sindhám pobre y humilde;
pero tambien le hizo dueño
de un tesoro que un Monarca
pudiera envidiar por cierto.

Ana. ¿Cuál es, Sindhám?

Sind. Tu virtud,
que vale por quanto el Cielo
repartió en todos los hombres.
Diez años há que poseo
este bien lleno de sustos;
¡pero de qué gloria lleno!
Mi Pamela, aquella amada
Pamela, que por renuevo
de tu amor distes á luz
en el dulce año primero
de nuestra union, ¡qué retrato

de tus gracias es! ¡Ah!— Pero
Ana vuelve la espalda para enjugar
el llanto, y él lo nota.

¿tú lloras? ¿suspiras?
Ana. Sí.

Sí, amado Sindhám: me acuerdo
de la triste situacion
en que nació; de mi seno
salió apenas, quando fue
conducida con secreto
por Mauricio á una cabaña,
donde sujeta la vieron
mis ojos poco despues
á que muriera! Aquel tierno
pedazo de mis entrañas
no vió mas que contratiempos
y desgracias hasta ahora;
y lo que mas lloro y siento
es, que no tengo esperanza
de que mejoren los Cielos
nuestra suerte, porque sea
mejor la suya: estoy viendo
la hora en que sabe mi padre
nuestra union, y su despecho
y furor da con mi muerte
castigo á mi atrevimiento.

T Yo no puedo ni aun mirarte
sin sustos, siempre me veo
rodeada de los míos:
estos instantes que al sueño
le usurpo por verte, ¡ah
con cuánto desasosiego...
los gozo! No, Sindhám mio;
yo en mas estimo y aprecio
el gozar tu puro amor
sin temores ni recelos,
que la ostentacion y fausto
en que me ves. Sí; prefiero
á la misma compañía
de mi padre (lo confieso
sin rubor) la tuya; huyamos
á algun país extranjero,
Sindhám: ningun infortunio
podrá afligirme si tengo
conmigo las bellas gracias
de Pamela, y el consuelo
de tu virtud. Lleven malés,
esposo, lleven tormentos

Por sinsabores, que todos
los recibirá mi pecho
con gusto, como yo viva
con mi idolatrado dueño.

Sind. Ay, bella, que esas finezas
me son en cada momento
mas amables: ¡pero cómo
(si sabes lo que te quiero)
presumes que pueda yo
consentir jamas que lexos
de tu amado padre vivas,
expuesta á los contratiempos
y rigores del destino!
¡con qué paz! ¡con qué contento
te veria yo sujeta

á un ejercicio grosero
por mi causa! ¡de qué angustia
no se llenara mi pecho
el dia que no pudiera,
con mi trabajo molesto,
llevarte á tí y á mi amada
Pamela aquel alimento
necesario! ¡ah! No, bella Ana,
el considerar yo mesmo
que por amarme perdias
patria, padre, lisonjeros
intereses, conveniencias
y placeres, por los riesgos
y males en que te veia
sumergida, por momentos
irija despedazando

Eni corino. El extremo
con que te amo no permite
que abrace, esposa, este medio;
menos cruel es el que yo
tomar este dia pienso,
y es:—

Ana. Ay infeliz, que un hombre:—

Ana sobresaltada, y **Sindhám** que-
riéndose ocultar.

Sind. Me ocultaré: mas ¿qué veo?

Sale Mauricio, y **Sindhám** se detiene.

Mauricio, ¿qué ha sucedido?

Ana. ¿Qué traes? dínoslo presto.

Maur. Sosegaos, que mi venida
os dará mucho contento.

Ya supisteis que ayer tarde

Milord Darambi á paseo

salió conmigo, á pesar
de lo duro de su genio;
sabed, pues, que casualmente
al margen de un arroyuelo
hallamos con otras niñas
á Pamela, y su gracejo
enamorado de manera
á vuestro padre, que hoy mismo
quiere que venga á Palacio,
y que viva al lado vuestro
regalada y obsequiada,
si es que su padre supuesto
lo quiere; yo mismo voy
á traérmela al momento
conmigo, vos cuidareis á Ana.
de reprimir los extremos
de vuestro amor, hasta tanto
que compadecido el Cielo
de vuestras ansias, descubra
con ventura este secreto. *partiendo.*

Sind. Oye.

Ana. Escucha.

Maur. Perdonad,
que detenerme no puedo. *vase.*

Sind. Ya empieza el Cielo á mostrarse
piadoso á nuestros deseos.

Ana. ¡Ay Sindhám, que de estas dichas
nuevas desventuras temo!

Sind. ¿Por qué?

Ana. Porque es imposible
que mi maternal afecto
no saque pronto á mis ojos
lo que está oculto en el pecho.

Sind. No olvides lo que á los tres
nos importa este secreto,
que tú podrás reprimirle.

Ya gozarás á lo menos
de Pamela, y á tu lado
la tendrás, sin el recelo
de que tus extremos pueda
estrafñar tu padre, puesto
que él mismo la traxo. Templá
tus amargos desconsuelos,
Ana bella, y nuevas dichas
por instantes esperemos.
A Dios, á Dios, que ya es hora
de que tu padre despierto,
y aun vestido esté.

Ana. Detente,
y ocúltate, esposo, presto,
pues viene gente.

Sind. ¿Qué importa
que aquí me vean, sabiendo
que soy criado de casa?

Ana. Nada importa, pero creo
que es mejor que no te vean,
y mas quando la que advierto
es Cecilia.

Sind. Ya á tu gusto,
dulce esposa, me sujeto. *ocúltase.*

Ana. ¡Qué virtud! Cecilia es,
y la sigue un Caballero:
¿qué querrán?

*Salz Cecilia, y con ella el Baron de
Fronsvill.*

Cecil. Prima, á estas horas
creia hallarte durmiendo.

Ana. Dios os guarde. ¿Por qué, prima?

Cecil. Porque es temprano en efecto
para gente que no tiene
cuidados.

Ana. Ah, según eso
debes tú de tener muchos,
prima mía, si atendemos
á lo mucho que madrugas.

Cecil. Hoy madrugué con intento
bien diverso del que piensas:
sentémonos.

*Toman sillas, se sientan, y sale al
paño Sindhám.*

Sind. Muy de espacio
han venido por lo menos.

Cecil. Ana, voy sin ceremonias
á explicarte á lo que vengo.
Nuestro Barón de Fronsvill,
que es amigo muy estrecho
de tu padre, te ama. Oyes,
díceme él, yo no lo creo,
con que así puedes tú misma
examinar si es que es cierto.
Me pidió con mucha instancia
qué hiciera yo en este enredo
el papel de introductora,
ó medianera de empeño,
porque sin duda habrá visto
que yo en mi semblante tengo

traza de desempeñar
tal encargo; y pues ya he hecho
quanto pude, que es traerle
donde la presa está viendo,
él coja lo que pudiere,
y le haga muy buen provecho.

levántase.

Ana. Éspera.

Cecil. No, no, que el niño
tendrá vergüenza en efecto
de tratar, prima, este ajuste,
si hay gente que lo esté oyendo.

Ana. El señor Baron discurro
que no podrá en ningún tiempo
decir mas en la materia
que lo que tú este momento
dixiste, y así es ocioso
que te vayas. Yo no puedo,
señor Baron, (en el caso
de que sea verdadero
y honesto vuestro cariño)
responderos mas, que tengo
un padre, de cuyo gusto
voluntariamente pendo:
con él tratad; y en el caso
de que os acepte por yerno
venidme á ver, y os diré
si por esposo os acepto. *levántase.*

Bar. Madama, esas voces son
muy propias del juicio vuestro,
y lexos de desayrarme
van aumentando en mi pecho
el aprecio que de vos
hice siempre. No pretendo
mas que creais que es honesta
esta pasión que os profeso,
y que, si el amor dispone
que ligue un dulce himeneo
nuestras almas, no habrá dicha
que codicie mi deseo.

Cecil. O! ¿zen qué Universidad
cursasteis? que esos conceptos
son muy finos, y hasta ahora *al Bar.*
en estos países nuevos.

Bar. La naturaleza tiene
para expresar sus afectos
una eloqüencia, que solo
la usa el corazón sincero.

El

B. y 29 a la. (Luzar las sillas presto)

5

El mio habló aquí por mí,
Madama: verdades fueron
las que mi labio produjo
que él dictó desde su asiento.

Ana. Yo, señor, os las estimo,
pero premiarlas no puedo
sin que el gusto de mi padre
llegue á conocer primero.
Id, descubridle ese amor
quando gustéis, que en efecto,
como que de estas materias
mis oídos no supieron
jamás, me disuenan mucho,
y escuchárolas no puedo.

Cecil. ¡Miren qué virtud tan falsa,
tan necia y fuera de tiempo!
me disuenan:— y si el lance
se proporcionara, creo:—
pero, Baron, vámonos,
porque si no me despeno.

Ana. Prima, tú has perdido el juicio.

Cecil. Yo no le he perdido, pero
me harán tus hipocresias
perderle si me detengo.

Agarra de un brazo al Baron, y
parte con él.

Ana. ¡Qué fatua es!

/// Sale Sind. ¡Oh con qué juicio
salió mi bien de este empeño! ap.

Ana. ¿Oíste la pretension,
esposo?

Sind. Sí.

Ana. Ya los riesgos
van en aumento. El Baron
es amigo verdadero
de mi padre; es poderoso,
y de ilustre nacimiento;
á pedirle va mi mano,
Sindhám mio, y creer debemos
que mi padre se la otorgue,
y me obligue en el momento
á cumplirlo.

Sind. ¡Ay, Ana bella,
que ya lo oí, ya lo veo,
y todos los accidentes
van agravando en efecto
nuestro peligro! Mas nada
basta á rendir mi pecho.

Consúelate, que si acaso
le otorga, como recelo,
tu padre la mano, entonces,
dulce esposa, apelaremos
al último efugio.

Ana. Tuya

es mi vida, amado dueño.

Sind. Y tuyo mi corazón.

Ana. Solo ese bien apetezco.

Sind. Y yo sola esa ventura.

Ana. Pues ya la estás poseyendo:—

Sind. Pues que ya le estás gozando:—

Ana. Vengan males.

Sind. Vengan riesgos.

Los dos. Que todos me serán dulces,
si tu corazón poseo.

Sind. A Dios, Ana.

Ana. A Dios, Sindham.

Sind. ¡Qué hermosa es!

Ana. ¡Qué discreto!

Ana parte por la izquierda y Sindhám
por la derecha: aposento largo, y sa-
le por la izquierda el Milord con som-
brero y espada, y un criado
por la derecha.

/// Criad. Vuestra sobrina, seguida
del Baron de Fronsவில்:—

Milord. Presto.

Criad. Quieren hablaros,
Milord. Que lleguen.

Un joven es muy atento
y galan Fronsவில். Le estimo
por amigo verdadero.

/// Salen Cecilia y el Baron, seguidos
del criado.

Bar. Besos la mano, Milord.

Milord. Baron, tomemos asiento.

El criado les da sillas, se sientan
los tres, y él se va.

y decid lo que quereis.

Cecil. Hablad, Baron, sin recelo,
que si lo habeis menester

yo esforzaré el argumento.

Bar. Milord, mi sinceridad,
enemiga de rodeos,
y preámbulos, sabeis.

Amo á vuestra hija: el Cielo

colmaria de venturas

*Saca si
vas*

*D. y
29*

mi corazon, si por premio
de este amor la uniese á mí.

En vos consiste.

Milord. Ya está hecho:
os la daré.

Bar. ¿Mas sabeis
si ella querrá?

Milord. Yo contemplo
que mejor querrá casarse
que dar su vida á este acero:
vuestra es Ana.

Bar. No quisiera
que por fuerza:--

Milord. Yo no tengo
dominio sobre su gusto;
como padre le poseo
sobre su persona, y si es
que venisteis pretendiendo
su amor, yo no puedo darle,
casaros con ella puedo.

Cecil. Baron, después que se vea
casada con vos, es cierto
que os amará, contemplando
que no tiene otro remedio.

Bar. Haced, pues, lo que quisieréis,
qué á vuestro gusto lo dexo.

Milord. Ella viene: tú, Cecilia,
retírate.

Cecil. Ya obedezco.

Cátese, y salga de casa *ap.*
mi prima, que esté es el medio
de que mi tío procure
mas aprisa mis aumentos. *vase.*

Sale Ana. Padre, si acaso incomodo
me volveré.

Milord. No por cierto;
antes llegas á ocasion
en que descubrirte debo
tu ventura.

Ana. O mi desgracia. *ap.*

Milord. Ya con el Baron te tengo
casada.

Ana. Señor:--

Milord. ¿Qué dices?

Ana. Que está mi gusto sujeto
á vos, pero:--

Milord. ¿Qué?

Ana. Casarme

sin que conozca primero
al que mi dueño ha de ser:--

Milord. Que le conozca yo mesmo
basta: sé que te conviene.

Ana. ¡Qué angustia! *ap.*

Milord. Y bien:--

Ana. Me estremezco. *ap.*

Milord. Te atreverás á oponerte,
hija infiel, á mis preceptos
sin temer que mi furor
olvide el amor paterno
que te tengo, y:--

Bar. Milord:--

Ana. Padre:--

El Milord en ademán de sacar la es-
pada, el Baron deteniéndole, y Ana
hincando una rodilla: Sindám va á
salir, y se detiene con el siguiente
verso; y Cecilia sale presurosa por
otro bastidor de la derecha.

Sind. ¿Qué miro? Matadme Cielos.

Cecil. Tío, tío, ¿se resiste
la niña á vuestros preceptos?
¿Qué la disgusta la boda?

¿o tiene rubor? Por cierto
que hareis bien en enfadaros,
y obligarla con empeño
á casarse, ~~que no tiene~~ *necesita*
~~falta tres ó quatro nietos,~~
una docena á poco.
¿No es así, Baron?

Bar. Madama,
el divino entendimiento
de vuestra prima no olvida
la obediencia y el respeto
debido á un padre, y sabrá
cumplir con ambos á un tiempo.
El Milord haria mal
en violentar indiscreto
un alvedrio, del que
ni le hizo, ni le hará dueño
la naturaleza; vos
(que me perdoneis os ruego
la claridad) le habeis dado
un consejo muy ageno
de quien goza algun principio
de Religion, y de:--

Cecil. Quedo,
quedo, Baron. Me parece

que

que os vais aprisa volviendo
un si es ó no es insolente,
y vereis si yo me emperro:--

Milord. Basta, Cecilia.

Cecil. No basta,
que me ha perdido el respeto
y:--

Bar. No es capaz mi crianza
de cometer ese exceso,
Madama. No fui atrevido
jamás, pero soy ingenuo.

Cecil. Es que:--

Milord. Basta, dixes ya.

Ana. ¡Qué angustia!

Sale Sind. ¡Qué desconsuelo!

Milord. ¿Qué traes? á *Sindhám.*

Sind. Que ahora á Palacio
llegó Mauricio, trayendo
la serrana que mandasteis.

Milord. Que entre.

Sind. Ya voy: yo fallezco. *vase.*

Ana. ¡Ah, *Sindhám*, como tus ojos
tu amargura me dixerón! *ap.*

Mil. Tú mira bien qué resuelves á *Ana.*
en este día, advirtiéndome
que es mi gusto que te cases,
y que te conviene hacerlo.

Ana. Disimulemos, pesares: *ap.*
Señor, nunca fue mi intento
oponerme á vuestro gusto,
mayormente quando veo
que vuestra bondad le está
ácia mi bien dirigiendo.
Yo tan solo pretendía
que el trato y conocimiento
del esposo que me dabais
fomentará en mí aquel tierno
carifio que debería
tributarle como á dueño
mañana. Si en esto erré,
que me perdoneis os ruego.

Bar. ¡Qué virtud!

Cecil. ¿La veis tan mansa,
Baron? pues yo no la creó.

Bar. Yo sí.

Cecil. ¿De veras? Pues digo
que sois un gran majadero,
y renuncio desde aquí

vuestra boda ó vuestro infierno. *vase.*
Salen por la derecha Mauricio, Sind-
hám, y Pamela de serrana.

Maur. Aquí, gran Señor, tenéis
á Pamela.

Pamel. Con deseo
de serviros, que aunque niña,
tambien soy de algun provecho.

Mil. ¿Pues qué sabes hacer tú?

Pamel. Barrer, fregar, texer lienzo,
y coser, aunque no bien.

Ana. ¡Ay hija amada! No puedo *ap.*
reprimir mi amor.

Maur. Las almas
de Ana y *Sindhám*, ¡qué tormento
están sufriendo!

Mil. Mas dime,
¿querrás quedarte en efecto
conmigo?

Pam. ¿Y si su merced
se enfada de mí, y al pueblo
me vuelve?

Mil. Procura tú
no disgustarme, y con eso
no tendrás que recelar.
Ana te querrá en extremo,
pues es mi gusto.

Ana. Señor,
será desde hoy mi embeleso
Pamela, pues sé que vos
tendreis mucho gusto de ello.

Pam. Y la señora verá
como yo se lo agradezco.

Sind. ¡Ay hija, que ya á los ojos *ap.*
va mi ternura saliendo!

Mil. Tú cuidarás de quanto haga á *Mau-*
falta á *Pamela*, advirtiéndome (*ricio.*)
que el traje con que ahora está
es con el que verla quiero.

Pam. Haceis bien, porque á los pobres
no nos sientan bien aquellos
que estilan acá los ricos.

Sind. ¡Qué gracia!

Ana. ¡Qué entendimiento!

Mil. Baron, yo voy á Palacio,
esperadme, que deseo
que hoy comais acá conmigo.

Bar. Solo aspiro á complaceros.

Mil.

Mil. Pamela, á Dios. *vase.*

Pam. Con salud
á casa volvais bien presto.

Ana. Ya hice á mi esposo una seña
de que vaya á mi aposento:
Cielos, de una vez matadme,
ó de mi afliccion doleas. *vase.*

Maur. Ven, Pamela. *vase con ella.*

Sind. Con mis ojos *viéndola partir.*
te irá mi pasion siguiendo.

Bar. Siadhám.

Sind. ¡Qué graciosa es!

Bar. Sindhám.

Sind. ¡Con cuánto despejo
y agudeza respondia
al Milord!

Bar. Sindhám, ¿qué es eso?
¿qué os suspende?

Sind. Señor, nada.

Bar. Id, y hacedme merced presto
de decir á Madama Ana
que hablarla á solas deseo.

Sind. Esto solo á mi impaciencia
faltaba, voy al momento.
Amor, mucho es el peligro *ap.*
si se difiere el remedio. *vase.*

Bar. Muy necio fuera en sufrir
que el Milord case indiscreto
violentamente á su hija
conmigo. Mucho la quiero,
es verdad; pero si ella
admite aqueste himeneo
con repugnancia, es error
que yo insista. No pretendo
sacrificar á mi gusto
su corazon; verla quiero,
y hablarla con claridad,
porque tolerar no puedo
que mi voluntad domine
un dia á mi entendimiento. *vase.*

*El mismo aposento en que empezó la
Comedia, y sale Ana.*

Ana. Ana infeliz, ¿en qué dia
tan horrible y tan funesto
naciste! ¡Qué negro instante
aquel que mis ojos vieron
á Sindhám, en que le dixes
mi puro amor, y en que el premio

dí á su virtud, sin mirar
que su humilde nacimiento
me dexaria infamada
para siempre! ¡Oh Dios! yo tiemblo.

si (Yo unida á Sindhám? ¿La hija
del Milord Darambi, Cielos,
pensó así? Mi padre, ¡jay triste!)
mi casa, Londres entero,
¿qué dirán quando á saber
lleguen un crimen tan feo?
¿Qué me diré yo á mi misma
si escucho solo un momento
á la razon, al honor:::-
¿Al honor? ¿Qué le obscurezco
por haberme unido á un hombre
de un humilde nacimiento
y pobre? No, no, antes queda
mas limpio, mas puro y terso.

Yo no pudiera jamas
resistir el embeleso
de las gracias de Sindhám.
Aquel honesto respeto
que acompaña á la ternura
de su amor, yo le prefiero
á todos los intereses
del mundo: sí, lo confieso.
Mi padre, mi casa, Londres
y el mundo, perdonen; quiero
á Sindhám, le estimo, le amo
sobre quanto el universo
en sí contiene, y no aspiro
á otro bien, ni á otro consuelo
que poseer su corazon
fino, enamorado y tierno
mientras viva, publicando
que como á absoluto dueño
de mi alvedrio le rindo
alma, sér, vida y aliento.

Sale Sind. Ana.

Ana. ¿Qué traes, esposo?

Sind. El Baron:::-

Ana. ¿Qué? Dilo presto.

Sind. Quiere hablarte.

Ana. Pues responde:::-

Pero no: vino á buen tiempo:
dile que entre, y retirado
tú, despues lo que he resuelto
podrás saber.

Sind.

*Sacar las
sillas*

hago solo lo que debo,
y así no lo agradezcáis,
sabe el Cielo quanto siento
perderos. Mi corazón
se angustia á los ojos vuestros,
señora, y así dexad
que vaya de vos huyendo.
Pero tened por seguro
que Frónsvill pedirá al Cielo
continuamente que os guarde
al feliz esposo vuestro
mil años, colmando á entrambos
de venturas y contentos.

Sala *Sind.* ¡Ah noble joven! Señores,
á comer.

Bar. Ved que os espero,
Madama.

Ana. Ya voy.

Sind. ¡Ah bella!
premier tu virtud los Cielos.

*Vanse los tres: levantan el telon, se
descubre el aposento del Milord con
mesa puesta y un rico aparador: ha-
brá algunos criados que sirvan la co-
midá, y uno entre ellos que trinche y
baga platos: salen por la izquierda
el Milord, Mauricio, Pamela y Ceci-
lia, y poco despues por la derecha
Sindhám, el Baron y Ana.*

Cecil. Aun no pude descubrir
á mi tío este secreto,
y temo que se me pudra
si le guardo mucho tiempo.

Bar. Guárdeos Dios, Milord.

Mil. Sentaos, se sientan los quatro.

Ana. ¡Ay hija amada! Los Cielos
impiden que te honre hoy
con aquel tierno epiteto
de hija mia, y limitadas
aun mis caricias te ofrezco.

Mil. Pamela, ¿te acuerdas mucho
de tu casa?

Pam. No por cierto,
Señor, que en esta me dan
algun mejor tratamiento.

Mil. ¿Tan malo era el que te daban
tus padres?

Pam. No era muy buenor-

que me hacian trabajar
mucho todo el dia entero,
y comia poco.

Sind. El alma
me traspasan sus acentos.

Bar. Despejada es la serrana.

Maur. Señor, ¿quereis complaceros
en oirla cantar?

Mil. ¿Qué?
¿tambien cantas?

Pam. Canto: pero,
Señor, es quando estoy sola
en la cocina barriendo.

Mil. Vaya, pues canta aquí ahora
alguna cosa.

Pam. Obedezco:

porque me ha dicho mi padre
que la que á fuerza de ruegos
canta algo, y lo canta mal,
dos veces mal viene á hacerlo.

Mil. ¡Qué aguda es!

Sind. ¡Ay Pamela!

Música. Amados corderillos,

estigos de mi fe,

que en este monte alegres
habráis que pazeis,

decidme, ¿dónde está
mi dulce amado bien,

que entre esas pardas breñas
dormido le dexé?

Si en tanto que le busco
caso os vuelve á ver,

decidle por mi amor
quanto por él lloré.

Mil. Muy bien, Pamela.

Pam. Señor,

¿os agradó con efecto
mi cantinela?

Mil. Muy mucho.

Pam. Otras sé: con que en queriendo
que cante, mandadlo vos,

y me pondré á obedeceros.

Mil. Está bien.

Pam. ¿Y á vos, Señora,

¿os complació?

Ana. Sí. No puedo
resistir mas: ven, Pamela,

*quita las
sillas 4 po
nea A*

toma esta joya, que quiero
quittase una joya, y se la pone.
pagar con ella el buen rato
que diste á mi padre. Al pecho
la lleva siempre, porque
no olvides nunca á su dueño.

Pam. No le olvidaré, Señora.

Ana. ¿Y me amarás?

Pam. Con extremo.

Ana. De ese modo pagarás
lo mucho que yo te quiero.

Pam. Ojalá me amara así
mi madre! Pero en el tiempo llorosa.
que tengo, ni una caricia
tan solamente me ha hecho.

Ana. ¡Ah, quién pudiera decirte
la madre que te dió el Cielo! ap.

Cecil. ¡Qué cansada es la muchacha!
No estará aquí mucho tiempo,
si yo puedo.

Bar. ¿Quién será
de Ana el venturoso dueño? ap.

Mil. Mauricio, lleva á comer
á Pamela.

Maur. Ya obedezco. vase con Pam.
Sale el Criad. Señor, esta sola carta
os ha traído el correo. date una carta

Mil. Dame: con vuestra licencia,
abrela, y lee.

Cecil. Vaya, me estoy deshaciendo
por desembuchar de pronto ap.
á mi tio todo, el cuento.

Mil. Toma, lleva esta al instante
da una carta á Sindbám.
á Milord Cumank. Apruebo
su rigor.

Bar. Milord, ¿qué nueva
os da esa carta, que os veo
tan demudado?

Mil. Ninguna
que me importe: oid atento
su contenido.

Milord amigo: Ayer salió de esta
el navio que os anuncié en mi an-
terior con el cargo arreglado á las
mismas pólizas que me enviasteis.
El tiempo es favorable, por lo que,
si no ocurre novedad, llegará el 26

del corriente. Pasareis la adjuntia á
Milord Cumank, pues le doy en ella
el mismo aviso para su gobierno. En
esta solo ocurre una novedad digna
de vuestra atencion, y es, que la
hija de un rico comerciante se ha-
lla gravemente herida por la mis-
ma mano de su padre. Dicen que
dió motivo á este exceso el hallarla
casada sin su noticia con un hom-
bre inferior á su calidad &c.

Bar. Fue cruel.

Mil. ¿Cruel? Muy piadoso creo
que anduvo en dexar una hija
tan infame con aliento.
Sola una tengo, Baron;
pero si fuera su pecho
capaz de una igual baxeza,
abrierá mi propio acero
quantas venas tiene, y yo
bebiera su sangre luego.

Ana. Tiemblo de oírle. ap.

Cecil. ¿Qué tal, ap.
se enfurecerá en sabiendo
lo que pasa?

Bar. ¡Ana infeliz!
¿con qué temores te veo? ap.

Muy mal hicierais, Milord,
que nada perdiera es cierto
vuestra hija, ni otra alguna
de mas claro nacimiento
por unirse á un hombre pobre
y humilde, como sus hechos
fueran honrados. Mas antes
la casara yo, os confieso,
con un pobre virtuoso,
que con un rico soberbio.

Mil. Basta, Baron: vos lo hariais,
levántanse todos.

pero yo no pienso hacerlo.
Guárdese mi hija, si,
de admitir un pensamiento
tan infame, pues aun antes
que á tener llegara efecto,
olvidando la ternura
de padre, fuera yo mesmo
de su vergonzosa vida
el verdugo mas sangriento.

B2 Sind.

Sind. Ya se acabó la esperanza *ap.*
que tuve de enternecerlo.

Ana. Muerta estoy. *ap.*

Cecil. Zape; mi prima
va á probar el pan de perro. *ap.*

Mil. Venid, Baron.

Cecil. Tio, ved *al oído.*

que los dos ahora tenemos
que hablar.

Mil. Está bien: pues vé,
y espérame en mi aposento.

vase Cecilia.

Bar. Piedad, pues de mi nobleza
eres hija:::

Mil. Honor, pues veo
el riesgo en que estás:::

Ana y Sind. Amor,
pues que tu peligro veo:::

Todos. Para el dolor que me aqueja
inspirámé tú el remedio. *vanse.*

ACTO SEGUNDO.

*El mismo aposento de Ana, y sale
Sindhám con capa y espada.*

Sind. **A**Ntes de llevar aquesta
carta á Cumank solicito

ver á Bella: no está: ¡oh Dios!
Yo no oso entrar: es preciso
que el dolor que halle en mis ojos
aereciente su martirio.

¡Ay, Ana hermosa, qué tarde
coazonó que fue delito
el amarte yo! Creí

que todo mi regocijo
y ventura consistia

en que oyese mis suspiros
afable, y correspondieras

á Sindhám con un cariño
puro y honesto. ¡Ah, qué poco

conocía yo el peligro
de este deseo! No bien

aun mas de lo apetecido
gocé, cuántas amarguras,

cuántas ansias y conflictos
me cercaron! En diez años

no ví dia sin martirio,

noche sin desasosiego,
hora sin grande peligro,
ni instante sin sobresalto,
y por fin hoy se han unido
todos á affigirme. Aquí
me pinta el discurso vivo
á mi esposa maldiciendo
el instante en que conmigo
se unió. Allí mi fantasía
me bosqueja los conflictos
que pasa por mí, la afrenta
y el rubor con que es preciso
que viva al verse casada
con Sindhám. ¡Oh Dios! El mismo
remordimiento destroza
mi alma: ya el propio sitio
horrible en que yo solia
seducir aquel sencillo
corazon, la mas amarga
idea de mi delito,
y su peligro, me ofrece:
ya me parece que no
á Ana bella revolcada
en su sangre, y que su impio,
su cruel padre traspasa
con el agudo cuchillo
veces mil su pecho. Ya
en sus últimos suspiros
mi favor implora; si,
sí, ya hiera mis oidos
su voz: Sindhám, Sindhám, dice,
corre, corre á darme auxilio.
Bárbaro Milord espera,
deten el golpe atrevido,
y no acabes una vida
por quien yo, sí::: ¡Qué delirio,
qué ceguedad me produce
mi mismo dolor, mi mismo
sentimiento! ¡Ah, Sindhám triste,
qué lexos está el alivio
de tus penas! Ya tu crimen
que se descubra es preciso;
si insiste el Milord en dar
esposo á su hija; miro
mi muerte y la de mi esposa
infalibles quando altivo
su padre nuestra union sepa.
Si una pronta fuga elijo

por

Vina
de la
Traga

por seguro á nuestro riesgo,
¿dónde iré destituido,
de todo? ¡Con qué amargura
no veré al amable hechizo
de mi esposa y mi Pamela
cruzar montes, trepar riscos
y sufrir calamidades!

La hambre, la sed, los activos
rayos del sol, y el cansancio
darian un fin prolixo
á sus dulces vidas, sí.

Pues ¿qué medio, qué camino
seguirás, Sindhám, en tantas
angustias? ¿Cuál? El mas digno
para un corazon cansado
de lidiar con su conflicto:
el morir, sí, sí, muramos:

saca el puñal.

Enmendemos el destino
de Bella así: este horroroso

que en el papel terso y limpio
de su ~~oro~~ nacimiento
cayó: acabe ya conmigo: así
quede otra vez blanco, sí:
dexe su honor redimido:
¡gocel Milord la gracia,
y viva por muchos siglos sup
venturosa! y tú, Sindhám,
pues cometiste el delito
de hacerla infeliz, acaba
al furor de aquestos fios.

Va á herirse: sale precipitadamente

Ana, y dando un grito descompu-
sado le detiene el brazo.

Ana. Sindhám, ¿qué haces? ¿estás loco?
¿qué frenesí, qué delirio
te precipita á una acción
tan temeraria? ¿Tú mismo
contra aquella amable vida

por quien yo aliento y respiro?

Sind. Sí, Bella, sí; ¿cómo quieres
que yo viva ya tranquilo
un instante, contemplando
que he manchado tu honor limpio,
y te he expuesto á los rigores
de un padre? No, no, abomino
ya la vida, la aborrezco;
déxame morir.

Ana. ¿Qué has dicho,

caro Sindhám? ¿Así rindens
tu noble y heroico brio
á las adversidades? ¡Ah!

Me avergüenzo de decirlo:
¿dónde está aquella virtud
que tanto ha resplandecido
en el alma de Sindhám?

¿Las desgracias, los conflictos,
los infortunios conducen
á un corazon poseido
de religion, de nobleza,
y de amor á tan indignos
y tan detestables hechos?

¡Ah! No, no: miente quien dixo
que Sindhám me ama.

Sind. ¡Ay esposa!
Ese solo es mi delito.

Mi amor me ofreció el puñal:
mi amor armó el brazo altivo,
y mi amor:

Ana. ¿Tú me amas?

Sind. ¡Ah!

Ana. Pues si me amas, Sindhám mío,
¿por qué con tu triste muerte
quisiste añadir martirios
á mi corazon? ¿No ves
el evidente peligro

en que quedarán las vidas
de Ana y Pamela, si el digno
brazo de Sindhám las falta?

¿Dudas tú que mi cariño
con mi vida acabaria
en aquel instante mismo
que tú espirases? No, niego

que he dado por tí al olvido
mi honor, mi padre, mi sangre,
y aun á los piadosos gritos

del Cielo fui sorda, por
ser toda de mi cariño;
es verdad que quantas ansias,
quantas penas y conflictos

me cercan, de este amor nacen;
lo sé: mas solo un suspiro
de Sindhám, una ternura,

un sentimiento nacido
de su amante corazon
recompensa estos martirios.

Pues

Pues ¿por qué hemos de tratar
de morir? No, esposo mio,
vivamos, para que viva
Llega á los bastidores de la izquierda,
y saca á Pamela.

este fruto peregrino
de nuestro amor: vuelve, vuelve
los ojos, Sindhám querido,
á esta infeliz criatura,
nacida á pagar delitos
de sus padres, que no dudo
que quedes enternecido:
mírala ya con su madre,
Arrójanse ambas á los pies de Sindhám,
y este las vuelve el rostro enter-
necido.

bañando con su continuo
y tierno llanto tus plantas.
No mis ruegos, Sindhám mio,
te conmuevan, no mi llanto,
no mi amor, no mi peligro,
sino el de aqueste pedazo
de tu corazón. Los gritos
de su ternura resuenen
hoy, Sindhám, en tus oídos.
Oyelos: la humanidad;
sí, tu paternal carifio,
la naturaleza, todos
lo mandan, y yo lo pido
por mi amor: pero si acaso
pueden tan poco contigo
el amor, la religion,
nuestro llanto, y el peligro
en que quedamos, que insistes
en acabar á los fillos
de ese puñal, *y también*

Quitate la espada de pronto, y se
amenaza.

tu debilidad ímito.
Sind. ¿Qué haces? Tente,
corriendo á detenerla.

Ana. De una vez
acabo así mis martirios.
Sind. Tente.
Ana. Si das otro paso,
con este acero dividire
mi corazón. De tu mano
despide ese basilisco,

acabare con el mismo.

Sind. Detente.

Ana. Puer de tu nacimiento de Madrid
despide ese basilisco

ó á un tiempo muramos.

Pam. Madre,
¿qué quereis hacer?

Sind. Yo espiro.

Ana. Hija, morir, pues lo quieren
hoy tu padre y mi destino.

Pam. ¿Mi padre? ¿Pues dónde está
ese cruel padre mio?

Ana. Vesle ahí.

Pam. No, madre mia;
que estais engafiada digo,
pues si este fuera mi padre
ya se hubiera enternecido
al vernos llorar.

Sind. ¡Ay hija!
¡Ay Ana bella! ¡Ah destino!
¡Ay triste Sindhám! ¡Oh Cielos,
doteos de mi martirio!

Pam. Si sois mi padre, y si sois
esposo de la que ha dicho
que es mi madre, ¿por qué causa
habeis así de afligirnos,
á las dos? ¿Con qué razon
quereis entrambos moriros
y dexar desamparada
á Pamela? ¿No habeis visto
que aun soy niña, y no podré
ganar el sustento mio?
¿Dónde iria yo sin padres?
¿En quién hallaria abrigo
la pobre Pamela? ¡Ah! No.
Miradme mas compasivos
los dos. Sí, padre. Sí, madre.
arrodillase.

De rodillas os lo pido,
y de aquí no me levanto
mientras que no lo consigo.
Pamela se ve arrodillada entre Ana
y Sindhám, y al decir este verso cor-
ren á un tiempo los dos, y la le-
vantant enternecidos.

Los dos. ¡Hija amada!

Pam. ¿Vivireis?

Ana. Sí, mi Pamela.

Sind. Sí, hechizo
de mi corazón, que solo
tu llanto me ha conmovido.
Detesto mi ceguedad,

mi temeridad maldigo,
y me avergüenzo de verme
por tí misma reprendido.
Toma, esposa; de mi vista

dala el puñal,
aparta ese basilisco
cruel, porque no me acuerde
este execrable delito.

Vivamos ya: resistamos
la adversidad del destino
constantes, hasta que el Cielo
le enmiende compadecido.

Tú, Pamela, pues ya sabes
quiénes tus padres han sido,
procura amarles de modo
que no puedas descubrirlo.

Pam. ¿Pues qué es malo que yo sea
hija de usted, padre mio?

¿Todas las hijas no llaman
padre con gran regocijo
á sus padres? ¿Por qué yo
no he de hacer aquí lo mismo?

Sind. Porque los Cielos no quieren.

Pam. ¿No quieren? ¡Ah! Pues no chisto.

Sale Mauricio presuroso y como
demudado.

Maur. Sindhám.

Los dos. ¿Qué traes?

Maur. ¡Oh Dios!

Ana. ¿Tú demudado?

Sind. Mauricio, ¿tú te agitas? ¿qué hay? Di presto.

Maur. No sé si podré decirlo.

Vuestro padre ha preguntado
por vos muy enfurecido
en este instante, y sabiendo
que estabais en este sitio
tomó un puñal, y aquí viene
con todo el color perdido.

Ana. ¡Santo Dios!

Sind. Yo tiemblo.

Maur. Presto

retiraos los dos conmigo,
Ase de la mano á Sindhám y á Pamela,
que el Cielo á vuestra virtud
dará su eficaz auxilio.

Sind. Yo muero.

Ana. Triste de mí,

que de un padre enfurecido
la cólera:— ¡Oh Dios! Ya viene.

¡Ana infelice! Yo espíro.

Sale el Milord sin sombrero con la
espada desnuda.

Mil. Oprobio de mi linage,
afrenta, borron indigno
de una estirpe esclarecida,
dime: ¿quién ha seducido
tu corazón? ¿Es creible
de tí el infame delito
de que te acusan? ¿Osaste
á unirse sin el permiso
de tu padre? Dilo, acaba,
respóndeme.

Ana. ¡Ay padre mio!
echándose á sus pies.

Yo fuera ingrata dos veces
á quien el sér he debido,
si con engaños quisiera
mitigar hoy el martirio
de tu corazón.

Mil. ¿Qué dices?

Ana. Yo no debo mi destino

ocultaros mas, Señor;
yo estoy casada:—

Mil. ¿Qué has dicho,
vil muger?

Ana. La virtud noble
de un joven:—

Mil. ¿Podré yo oírlo
sin arrancar á pedazos
tu corazón atrevido?

Mas, si podré, hasta que sepa
quien fue el seductor impío
de tu inocencia, porque ambos
tolerais á un tiempo mismo
mis rigores; ¿dónde, dónde
se oculta? ¿quién es? ¿quién? Dilo.

Ana. Padre:— abrazada de sus rodillas.

Mil. No me des tal nombre,
que me avergüenzo de oírlo.

Ana. Vuestra compasion merezca
esta infeliz. Mi delito:— llorosa.

Mil. Tu sangre y la de ese hombre
infeliz:— Dime, ¿en qué sitio
le hallaré? ¿Cómo se llama?

Ana. Padre, mi amor, su peligro
me

me instan á callarlo.

Mil. Teme
de este brazo vengativo
el golpe, si no lo dices.
amenazándola.

// *Sind.* Yo no espero mas, Mauricio.
queriendo salir.

// *Maur.* Tente.
Ana. Pues, Señor, aquí
os ofrezco el pecho mio
gustosa, abridle, saciaos
con mi sangre, si así libro
la de mi esposo.

*Sale Sindhám, Pamela y Mauricio, y
los dos primeros se arrodillan á los
pies del Milord, que quedará
suspendido.*

Sale // *Sind.* Eso no,
que he de morir yo contigo. á *Ana.*
Aquí teneis el objeto
de vuestro furor rendido
á vuestros pies.

Mil. Sindhám:::-

Sind. Sí,
yo soy el autor impío
de este crimen: yo seduxe
con engaños y delirios
la joven mas virtuosa
y amable que han conocido
los mortales. Esta culpa
tan atroz, ni el Cielo mismo
puede sufrirla; y así
pase un agudo cuchillo
mi corazón, porque lave
con mi sangre este delito.

Ana. No, padre mio: no oigais
las voces que ha sugerido
á Sindhám la dura pena
de haberos hoy ofendido:
las de la naturaleza
oid no mas: los que el mismo
amor paternal os hace.
Este es Sindhám, padre mio,
esta aquella desgraciada
hija vuestra, que sin juicio
os ofendió, y esta tierna
imagen de mi delito,
cuyas gracias encantaron

vuestro corazón benigno,
triste fruto es de un amor
criminal: los tres sumisos
vuestro perdón imploramos,
señor, regando hoy activos
vuestros pies con nuestro llanto:
concededle compasivo,
padre, y dexad que este dulce
y tierno nombre el cariño
que os tenemos os tribute;
vereis quan reconocidos
á vuestra heroica piedad
eternamente vivimos.

Pam. Sí, señor, perdone usted
á mis padres, abuelito.
Míreles con qué amargura
llorando están. Yo me aflijo
tambien de verles.

Mil. ¿Pamela
mi nieta? Estoy aturdido. *ap.*

Maur. No me atrevo á hablarle. *ap.*

Pam. Padre,
pues no se ha compadecido
de nosotros, vámonos;
Dios nos abrirá camino
para ganar de comer
en otra parte.

Mil. ¡A qué riesgo *ap.*
no ablandaran sus razones!
Solo á mí que endurecido
con esta afrenta he cerrado
á la piedad los oidos.

Sind. Ea, señor, si el recuerdo
del duro oprobio que vino
por Sindhám á vuestra casa
os hace no oír los gritos
del amor y la ternura,
aquí está mi pecho, herido,
y redima con mi sangre
la afrenta que os origino.
Sindhám morirá gustoso
si Ana recobra el perdido
derecho de vuestro amor:
fistituidla benigno
vuestra ternura, y yo acabe
al estrago de esos filos.

Mil. Objetos abominables,
huid de mi vista: idos,

idos

idos á donde jamas
vuelva á veros mi conflicto:
dexa ese lugar que tienen
tus hechos envilecido, *á Ana.*
y con el cómplice vil
de tu exécrable delito
vive, vive; pero sea
con el horrible martirio
de mi eterna maldicion.

Ana. ¿Vuestra maldicion? ¡Dios mio!
con horror.

Yo tiemblo.

Mil. Sí, sí.

Maur. Señor:—

Mil. ¿Aun estais aquí?

Sind. Yo espiro.

Mil. Pero haceis bien, que pues ya
con tan grande horror os miro,
huyendo irá de vosotros
para siempre mi cariño. *vase.*

Ana. Padre. *queriéndole seguir.*

Maur. Señora, teneos.

Ana. Sindhám.

Sind. Ana, mi cariño
te hizo infeliz.

Ana. Ay esposo,
que ningun mal he sentido
hasta este instante. Esta triste
maldicion:— Al repetirlo
me cubro de horror.

Maur. Señora,
no es tiempo ya de afligiros.
Asegurar vuestras vidas
importa. Al instante mismo
es fuerza que os ausenteis
de esta casa, y escondidos
esperéis á que mis ruegos
mitiguen el excesivo
rigor del Milord.

Sind. ¡Ay hija!

Maur. Para estos casos se hizo
el valor. Los infortunios,
los contratiempos prolixos
acrisolan la constancia;
ella los vence. El peligro
le hace mayor por instantes
la debilidad. Amigo
Sindham, ánimo, y fíemos

en el Soberano auxilio.

Sind. Ay, fiel Mauricio, que son
muy fuertes y repetidos
estos golpes. Mis desgracias
no rendirian mi brio
jamás, pero las de Bella
y las de Pamela (¡ah digno
y leal amigo!) traspasan
mi corazon afligido
vivamente.

Ana. Pues no, esposo:
á Ana la hallará el conflicto
siempre animosa, si en tí
mira un ánimo tranquilo;
y mi Pamela adorada
con sus gracias dará alivio
á tu quebranto.

Pam. Por mí
no os aflijais, padre mio,
que ya estoy hecha á trabajos.
Sale un criado.

Criad. Señora, esta carta dixo
el Milord que en vuestra mano
pusiera. Ya he obedecido.
da una carta á Ana y vase.

Ana. Todo me altera. *abriéndola.*

Sind. ¿Qué puede
querer el Milord, Mauricio?

Maur. No sé; ya todo me asusta.

Ana. Escuchad el contenido.

Lee. ¡Monstruo horrible, que naciste
á ser el borron de tu linage, y ho-
micida cruel de quien el ser te dió!
Milord Darambi te manda que en
el instante hagas entrega á Mauri-
cio de quantas galas y joyas con-
servas, y cubriendo tus carnes con
el vestido de la mas infima criada,
salgas de Londres con el vil com-
pañero y autor de tus desgracias.
Obedece prontamente, ó sereis am-
bos arrojados con ignominia por mis
criados.

Representa. ¡Buen Dios!

Sind. ¿Hasta quando Cielos
tu rigor ha de afligirnos?

Maur. ¡Pobres jóvenes! Mi llanto ap-
han movido sus gemidos.

C

Ana.

Ana. ¡Ah padre! ¡Ah Milord! ¡con qué rigor mirais mi delito!

Sind. Yo no puedo ni aun mirarla sin lágrimas.

Ana. O maligno

Baron, faltaste á tu fe porque yo muera.

~~XXX~~ Sale el Baron. ¿Qué miro?

Bella Ana, Sindhám, sacadme sobresaltado.

de tantas dudas. He visto salir de aquí demudado al Milord, y sorprendidos os veo á todos. ¿Qué es esto?

Ana. Caballero el mas iniquo, el mas pérfido y cruel de Inglaterra, ¿sois el mismo Fronsவில், de quien hoy la fama tan grandes elogios hizo?

¿Sois aquel, cuya virtud envidié con gran motivo tantas veces? Y en fin ¿sois aquel joven, que rendido confesaba á Ana un amor el mas verdadero y fino?

No es creible, no. Vos sois un monstruo horrible, nacido solamente á ser origen de nuestras desgracias. Idos, idos, que vuestra presencia mas y mas ha de afligirnos.

Bar. Yo estoy absorto: Madama, que os declareis mas os pido humildemente.

Ana. He, apartad.

Bar. Considerad que no es digno Fronsவில் de vuestros rigores.

Ana. Y aun de los del Cielo mismo.

Bar. ¿De los del Cielo? Señora, ved qué me habéis sorprendido.

Ana. Si, perjuro.

Bar. ¿Cómo? ya eso no podré sufriros,

Madama.

Ana. Sois mi... Tomad;

la carta al Baron.

ved lo que os ha producido vuestra impiedad. Sorprendeos,

afrentaos y confundios.

lee el Baron como sorprendido.

Maur. ¿Qué habrá hecho el Baron? ap.

Sind. No sé

cómo mi furor reprimo. ap. (dama,

Bar. ¡Qué horror! ¡Qué impiedad! Man no pretendo desmentiros con mi voz: mis hechos solos lo acreditarán hoy mismo.

Yo os perdono los agravios que vuestro dolor me hizo, como creais que Fronsவில் no fue capaz de un delito tan exécrable. Los Cielos me confundán vengativos, á vuestros ojos, si osado falté al juramento mio.

Ana. ¿Cómo es creible, si vos solo el secreto habeis sabido?

Bar. No es tiempo de eso, Madama:

yo mi nobleza acredito de este modo: á quatro millas de Londres habeis sabido que una Quinta tengo: en ella vive Vaturman mi tio:

yo le escribiré una carta para que os tenga escondidos en ella, en tanto que logro que el Milord, compadecido, os vuelva á su gracia. Y quando no pudiere conseguirlo, quantos estados poseo serán vuestros, y conmigo vivireis felices.

Ana. Cielos, ¿puede ser esto fingido? ap.

Bar. Obedeced los preceptos del Milord, como es debido, y disponeos á partir mientras yo la carta escribo.

Ana. Estoy absorta.

Bar. A Dios, Bella, el Cielo os guarde mil siglos con vuestro esposo, colmada de dichas y regocijos; á Dios.

Ana. Esperad.

Bar. No puedo,

que

B.ª se aparece
sencillo

que está mi honor ofendido,
y hasta que le satisfaga
no puedo vivir tranquilo. *vase.*

Ana. ¿Es esto creible?

Sind. Sí.

Sí, amada esposa: yo he visto
en Fronsvill todas las señas
que suele traer consigo
la verdad.

Maur. El corazon
de Fronsvill es muy sencillo
y noble: yo le conozco,
y de su oferta me fio;
con que no perdamos tiempo.

Sind. Sí, obedezcamos sumisos
la orden del Milord, y el Cielo
admita este sacrificio.

Tú cuidarás de entregar
á Cumank aqueste escrito
da una carta á Mauricio.
de parte de tu señor,
pues yo hacerlo no he podido
hasta ahora.

Maur. Está bien: no sé
como mi dolor reprimo. *ap.*

Ana. Ve, Mauricio, y con Pamela
espera en el quarto mio.

Pam. Madre no me dexé usted,
y se vaya. *vase con Mauricio.*

Ana. Ya te sigo,
hija mia, En fin, Sindhám,
ya los Cielos han querido
que pierda por tí mi patria,
mi casa, y el amor mismo
de mi padre: ya gustosa
lo dexo todo, y reprimo
hasta el dolor de dexarlo.

Ya los mayores peligros,
trabajos y adversidades
hoy á resistir me animo
por tí solo, por tí. ¡Ah!
Págame estos sacrificios,
Sindhám mio, amando á Bella
constante, sincero y fino.

Sind. Yo te lo juro.

Ana. Pues lluevan
pesares.

Sind. Lluevan martirios.

Ana. Infortunios.

Sind. Y desgracias.

Los 2. Sobre mí.

Ana. Que si consigo
tu amor.

Sind. Si logro tu fe. *(se. ⊕)*

Los 2. Como he de poder sentirlos? van-
Aposento del Milord, y se descubre
este sentado en una silla de brazos,
trastornado de dolor, y sale al
señor Cecilia.

Cecil. Vaya, yo estoy aturdida.
¡Sindhám su esposo! No he visto
mayor locura. Ello es fuerza
que se lo cuente á mi tio.
Allí se ve. ¡Pobre viejo!
En sabiéndolo es preciso
que se desespere.

Levántase Milord. No,
en vano está mi cariño
reprendiendo mi crueldad. *furioso.*
Sufran, sufran sus indignos
corazones penas, ansias
y tormentos, pues el mio
cubierto está de amargura
por su causa.

Sale Cecil. Tio, tio.

Milord. ¿Qué traes?

Cecil. Una noticia
que habeis de estimar.

Milord. ¿Cuál? Dilo.

Cecil. Que Sindhám es:-

Milord. Calla, calla,
no me acuerdes ese indigno
borron, si probar no quieros
mi cólera.

Cecil. Ya no chisto.

Milord. ¡Ah hija vil! Vivir me haces
en un extremo conflictivo.

Cecil. Habeis visto qué eleccion
tan baxa, y tan:-

Milord. ¿No te he dicho
que calles?

Cecil. Pero señor:-

Milord. Vive Dios:-

Cecil. No, no replico.

Chispas, ¿y qual está el viejo?

Voime, no pegue conmigo.

C2

Al

Al irse á entrar sale el Baron, y le dice al bastidor.

No habéis de amor á mi prima, Baron, porque sus oídos estrañan esas materias.

Ha, ha, ha. *parte riendo.*

Bar. ¿Qué poco juicio tiene Cecilia! ¿Milord?

Milord. Fronsவில் es: estoy corrido.

Bar. Yo os creí de un corazón blando, afable, y poseído del amor á la virtud.

Pensé que hallara dominio en él la naturaleza,

y por eso vuestro amigo me llamó un tiempo. Mas ya, reconociendo los vicios

de que se halla el alma vuestra llena, digo que abomino vuestra amistad, y me afrento, Milord, de reconveniros.

Una hija teneis, amable y virtuosa. La estimo:

es verdad; pero no os habla por ella aquí mi cariño,

sino la razón. La hallais unida hoy con el mas digno

de los hombres, con un joven honesto, cuyo cariño

la hará feliz, y tan solo porque es pobre y de abatido

nacimiento; la que fue noble elección, de delito

caracterizais; contra ellos no esgrimis enfurecido

vuestro enojo; de amargura im llenais aquellos dos dignos

corazones; olvidais hasta el paterno cariño;

y de vuestro mismo lado alexais hoy. (me horrorizo)

con oprobio á una hija vuestra. Esto si que confundiros

debiera, no el verla unida á Sindhám; pues vos, vos mismo

os gloriariais de verlo, á no estar tan poseído

de vuestra ambición. En fin

ya de Londres han salido Ana y Sindhám, penetrados del sentimiento mas vivo

y doloroso; Pamela, aquel adorado hechizo

de sus padres, con el llanto mas amargo y excesivo

les sigue, compadeciendo á los troncos y los riscos.

Y vos, Milord, ¿oíreis con el ánimo tranquilo

mis voces? Vos, á quien deben interesar sus conflictos,

¿os mostrareis insensible y sordo al horrible grito

de la sangre? ¡Ah qué impiedad!

Vos tendreis el regocijo de sacrificar tres vidas

á vuestro furor impío; pero los remordimientos

del alma vuestra es preciso que den á vuestra vejez

el tormento mas continuo. Quedaos, que yo horrorizado,

admirado, y aun corrido de ver vuestra crueldad,

huyendo iré de este sitio, y de vos, clamando al Cielo

que os dé un severo castigo.

hace que se va.

Milord. ¡Oh Dios! Fronsவில்.

Sale Maur. De dolor traigo el corazón partido *ap. Moran* señor, vuestra hija:-

Milord. No des tal nombre á ese basilisco.

Maur. Cumpliendo vuestro mandato partió ya, y dexa este escrito para vos.

Milord. Muestra; no esperes que me ablanden tus gemidos.

Abre la carta y lee.

Amado padre: Dexo obedecidas vuestras ordenes, y salgo de Londres

por quitar de vuestros ojos un objeto que tanto os es aborrecible. Voy á

morir gustosa para que vivais tranquilo. Los instantes que el amor pa-

ter-

terno ocupe el fondo de vuestro co-
razon sabreis el vivo dolor con que
llevará esta infelice madre á su tier-
na y amada hija ácia la muerte. Es-
te sentimiento, y el de haber mere-
cido vuestro enojo, son los únios
que me acaban por instantes. Por
ellos, y por el tierno amor con que
un tiempo me mirasteis, os ruego
que levanteis vuestra maldicion á
esta hija infeliz, que siempre ama-
rá vuestra memoria.

Repres. ¿Levantarla? No lo pienses.
Irá al sepulcro contigo,
hija vil.

Maur. Señor, oid
lo que en vuestro seno mismo
dicta la naturaleza.
Hasta aquí de vuestro juicio
fue dueño el primer impulso
del enojo. Yo os suplico de rodillas.
con el llanto mas amargo
que os sereneis. El delito
de mi señora:--

Milord. Es el mas
detestable, el mas iniquo.

Maur. Os ama:--

Milord. Yo la aborrezco
cruelmente.

Maur. ¡Ah! La he visto
morir de pena al dexar
esta casa.

Milord. Y bien, Mauricio;
con pena muera quien tanta
ocasionó al pecho mio. *vase.*

Maur. ¡Oh Dios, ¡qué inflexible está
su corazón! Yo me aflijo.

Bar. No, no desista por eso
nuestra piedad, de continuo
atormentemos su alma
con los recuerdos mas vivos
de esta impiedad.

Maur. Mi señor
es bien cruel.

Bar. Poseído
está del furor. Yo sé
que ha de hacer presto su officio
el paternal amor. ¡Ah!

Yo su error he reprendido
agriamente, y delibero
seguir haciendo lo mismo
á favor de la virtud
de Ana y Sindhám.

Maur. Sois benigno.

Bar. Soy sensible, y me lastiman
sus desgracias. Tú, Mauricio,
intercede sin cesar
por ellos, que yo confio
que hemos de ablandarle.

Maur. El Cielo
lo conceda compasivo.

Bar. Sí hará, sí; pero entretanto
¡nosotros blandos.

Maur. Sumisos.

Bar. Constantes.

Maur. Llenos de fe.

Los. Pidámosle enternecidos
que dé á aquellas tristes almas
gracia, paz, gusto y alivio. *vanse.*

ACTO TERCERO.

*El teatro será un monte de alguna emi-
nencia con muchos árboles, entre los que
habrá algunos corporeos, que irán cor-
tando varios labradores, y baxándolos
á una de tres cabañas que habrá al pie
del monte á la izquierda. La Scena se
abrirá con la siguiente música, que
saldrá escuchando Sindhám de
labrador.*

*Curray
Labradores
aparecen*

Música. No cambiára el jornalero
su miserable azadon
por toda la vanidad
del opulento señor.

Unos. No, no, no.

Otros. No, no, no.

Todos. No, no, no,

que el señor, no goza siempre
la paz de que gozo yo.

Sind. Ah qué bien conocen todos
la ventura y la alegría
con que aquí viven, agenos
de cuidados y de envidias!

¡O venturosos vosotros,
que de las falsas delicias

*Curray
y su
cabaña*

de

de la opulencia vivisteis apartados! Las sencillas y honestas leyes que impuso la virtud, y que seguidas se ven por vosotros, ¡ah, cuán apreciables, cuán dignas serán de mí y de mi esposa! Nuestras almas, enemigas de todo engaño, serán felices en compañía de vuestra sinceridad, y en las humildes casillas y chozas, que la verdad y la Religion habitan, hallarán nuestros deseos todo el bien que apetecian.

Cruel Vartumank, no importa que la piedad que exercia Fronsvill con nosotros la haya hoy negado tu codicia, pues entre esta humilde gente la hallarán nuestras desdichas. Allí dexo descansando un poco de las fatigas del camino á Ana y Pamela, y vengo::-Pero el que miran mis ojos será sin duda el Mayoral, bien lo indica su trage; yo llego, sí,

Ricardo habrá salido de la segunda choza, y estará mirando desde el pie del monte á los trabajadores; y

llega Sindham. señor, humilde os suplica un infeliz que atendais á remediar sus desdichas.

Ricard. ¿Qué queréis?

Sind. Señor, yo amo á una muger peregrina, que es mi esposa, tiernamente. Por mi causa esta abatida, y en la situacion mas triste y deplorable. No aspira mi ternura á mas, señor, que á llevar á ella y su hija un poco de pan con que la hambre que las mortifica remedien. Vuestra piedad

*do
Coro prev*

*P. y Maria
al
24
Sale*

r. Haga que yo lo consiga por vida vuestra, señor, me concediéndome este dia un jornal entre esa gente que trabajando se mira.

Ricard. Bien está, yo os le concedo: subid á ese monte aprisa, é id baxando á esa cabaña poco á poco las encinas que hay cortadas; mas sabed que del jornal se os desquita el tiempo que malgastareis. vase.

Sind. Está bien, señor. Los Cielos á vos y á vuestra familia colmen de bienes por esta caridad. ¡Con qué alegría parto al trabajo! Buen Dios, de Ana y de Pamela cuida.

Sube al monte: repite la música la centinela con que se empezó este acto; y salen en trage humilde Ana y Pamela.

Si Música. No cambiáramos un jornalero su miserable azadon por toda la vanidad del opulento señor.

Si Unos. No, no, no.

Otros. No, no, no.

Todos. No, no, no; que el Señor no goza siempre la paz de que gozo yo.

Ana. Tarda mi esposo, y mi amor sin su dulce compañía no se halla bien. ¿Dónde, Cielos, habrá ido? Amada hija, tampoco esta aquí tu padre. ¡Oh Dios, y cuánto se agita mi espíritu contemplando su despecho.

Pam. No se afija, madre mia, que habrá ido á traer nos pan, buscar trabajo

Ana. Alivia tanto su virtud mis penas, que no puedo sin su vista descansar, ven, preguntemos á esta gente si por dicha le han visto pasar.

m. Sí, hora acab tronco ve, y ca na. ¿Per mis ojos ind. Espo pronto e dexo el á gozar na. Yo t seá mer ntre los ind. //i Qu lna. //i Qué Pam. ¡Qu tan fue venturo fuera a mucho es muy de nada ind. Am llega á para qu con ma Pam. ¿Y ind. Des que no para las de este Ana. Ah! quanto mi cora Ana fu para a no hab de tim mi cora unos b la fort Yo no ocupar de otr Sindhá seran t mi co

Pam.

im. Sí, vamos. *///*
 hora acabará de basar Sindhám con
 tronco sobre los hombros: Ana le
 ve, y corre ácia él con Pamela.

na. ¿Pero qué es lo que divisan
 mis ojos? Sindhám.

nd. Esposa,
 pronto en la choza que miras
 dexo el tronco, y volveré
 á gozar de tus caricias.

na. Yo te ayudaré, porque
 sea menos tu fatiga.

entre los dos entran el tronco en la
 primera cabaña.

nd. //; Qué amor!

na. //; Qué virtud!

am. //; Qué padres

tan buenos tengo! Seria
 venturosa, si mi abuelo
 fuera así: pero se irrita
 mucho, y (ahora que no lo oyen)
 es muy cruel: no se lastima
 de nada.

nd. Amada Pamela, *///salen los dos.*
 llega á mis brazos aprisa
 para que aquesta tarea
 con mayor júbilo siga. abraza á Pam.

Pam. ¿Y mi madre y yo qué haremos?

nd. Descansar, amada hija,
 que no son estos trabajos
 para las dos; no sois dignas
 de este abatimiento.

na. Ah!
 quanto, Sindhám, martirizan
 mi corazon esas voces!

Ana fue solo nacida
 para amarte, y:-- no, Sindhám,
 no hablemos ya mas de dichas,
 de timbres, ni de riquezas:
 mi corazon abomina
 unos bienes que á su arbitro
 la fortuna los disipa.

Yo no puedo ya, ni quiero
 ocupar la idea mia
 de otro objeto que Sindhám;
 Sindhám y su tierna hija
 seran todo mi placer,
 mi consuelo y alegría.

pero no puedo sufrir
 que alivies nuestras desdichas
 tan á tu costa. Yo quiero
 mil muertes antes.

Sind. Respira,
 respira, esposa, y deshecha
 la piedad con que me miras;
 guárdame tu corazon,
 y tu voluntad sencilla,
 Bella, y verás que son dulces
 á Sindhám estas fatigas.

Ana. ¿Qué es lo que dices? ¿Pues qué
 crees que es mi alma distinta
 de la tuya? ¿Mi pasion
 es acaso menos viva
 para mirar tus quebrantos
 y humillacion mas tranquila
 que tú mis trabajos? ¡Ah!
 No, Sindhám. Yo me creeria
 indigna de tu amor, si:--

Sind. Calla, esposa, no prosigas,
 ve y siéntate con Pamela
 á la sombra de esa encina,
 que yo á seguir mi tarea
 vuelvo. *al punto*

Pam. Padre.

Sind. ¿Qué, hija mia?

Pam. Que no puedo resistir
 el hambre ya.

Sind. ¡Suerte esquivá!
 ¿Para esto me hiciste dueño
 de aquel bien que apetecia?

Ana. En vano Sindhám procura ap-
 ocultar su pena. Hija,
 espera, que prontamente
 comeremos.

Pam. Madre mia
 mi necesidad es tanta
 que no puedo resistirla.

Sind. ¿Cómo sus voces no acaban
 de una vez mi triste vida?
 ¡Ah cruel Sindhám! ¡Ah padre!
 el mas bárbaro! ¿Tú miras
 los rigores que á tu esposa
 y á tu hija misma origina
 tu culpa, y no te confundes?
 ¿No caes muerto á su vista
 de dolor? *ap.*

Ana

Ana. Sindhám querido, ^{e/ hacer} que
 consuélate, no te aflijas,
 que pues tú por nuestro amor
 á ese ejercicio te humillas,
 nada haré yo en humillarme
 por el tuyo y el de una hija
 querida: vuelve al trabajo,
 esposo, con alegría,
 en tanto que mi ternura
 en esas gentes sencillas
 busca un alivio á Pamela.
 Sí, verás que enternecidas
 á mis lágrimas y ruegos
 su necesidad alivian.

Sind. Calla, calla, que tú acabas
 de afligir el alma mia.

¿Tú mendigar? ¡Santo Dios!
 ¿Esta clase de desdicha
 reservabais á Sindhám?
 ¿Bella, Bella, aquella hija
 del Milord Darambi (¡Cielos!)
 mendigando? ¡Ah! No permita
 vuestra piedad que yo vea
 su inocencia reducida

hasta el extremo.

Ana. Sindhám,
 no es hora ya por mi vida
 de acordar lo que fui, puesto
 que la diferencia miras
 de ayer á hoy. Pensemos solo
 el estado á que impropicia
 la suerte nos traxo, y que
 si solo tu amor me obliga
 á dexar de ser gustosa
 lo que fui, ¿con qué alegría
 no he de ser hoy lo que soy,
 si á mas de tu amor me insta
 el de Pamela? ¿A qué estado
 no descendió tu caricia
 por ella y por mí? ¡Ah Sindhám!
 Tú, que con tan excesiva
 ternura nos amas, sabes
 lo que esta ternura obliga.

Sind. Es verdad: pero:-

Ana. No mas,
 amado esposo, imagina
 que soy tuya, y que soy madre
 de esta desgraciada hija,

que al rigor del hambre se halla
 expuesta á perder la vida
 si no acudo á su remedio;
 y verás con que alegría
 me ves olvidar la sangre
 ilustre y esclarecida
 que heredé, é ir traspasada
 de la congoja mas viva
 por esas chozas, diciendo
 á los que en ellas habitan:
 por Dios pido una limosna,
 mortales, dadmela aprisa,
 que soy madre, y estoy viendo
 respirar de hambre á mi hija.

*Vase precipitadamente por la derecha
 llevando á Pamela.*

Sind. ¡Oh dolor el mas acerbo
 que padeció el alma mia
 jamas! ¿Cómo no me acabas,
 ya que tanto me contristas?
 ¡Oh muger, la mas amante,
 la mas virtuosa y mas digna
 de la tierra! ¿Qué mal paga
 Sindhám tu sincera y fina
 voluntad, pues no fallece
 al contemplar tus desdichas?
 Pero, pues tú las recibes
 con tal gusto y alegría
 por mi amor, yo por el tuyo
 daré al olvido las mias,
 y viviré solamente
 porque tú quieres que viva;
 que corresponder no puedo
 á tus honestas caricias,
 si no te dedico amante
 corazon, ser, alma y vida.

*Sube al monte, cae el telon que
 presenta el aposento del Milord; sale
 el Baron, y Mauricio con papeles.*

Maur. Tomad, señor: todo está
 como mandastais, la firma
 dale un papel.
 vuestra falta solamente.

Bar. Bien, tomad: dad al Escriba
 dale un bolsillo.
 por su trabajo, y quedaos
 vos con aquesta sortija.
 dale una sortija.

(B. 29^a)

Maur. Señor:--

Bar. No me desayreis,
que lo siento por mi vida.

Maur. ¡Ah, qué corazón! *vase.*

Bar. A Dios.

Es buen criado, á fé mia,
Mauricio. La compasion
y fidelidad habitan

en su corazón: le quiero,
y á la verdad me lastima
que sirva al Milord. ¡Ay Bella!

Hoy te dirá mi hidalguia
quanto detesta Fronsவில்
la crueldad, y ~~abominacion~~ *tirania*

Los hombres que torpemente,
envidiosos de la dicha,
que la muger que ellos aman
á nuevo galan destina,
con zelos, iras y ultrages
quieren mostrar que la estiman.

Mienten: el que ama un objeto,
de proporcionarle cuida
gustos y venturas, nunca
sus menosprecios le incitan

á vengarse. Yo amo á Bella:
¿mas porque otro la consiga,
me han de deleitar á mí
los trabajos y desdichas

que pasan? No, no, jamás,
jamás Fronsவில் pensaria
tan torpemente. Las Damas
nacen libres, y seria

una injusticia obligarlas
á amar á quien las estima.
Pues si porque las virtudes
de alguna muger me obligan
á amarla, hubiera de amar

ella por fuerza las mias,
diriamos que nacieron
sin eleccion á la dicha
como nosotros, y nunca

obrar con tal tiranía
pudo la naturaleza,
antes, si bien se exámina,
parece que concedió

á la muger conocida
superioridad al hombre;
pues con la fuerza expresiva

de su hermosura sujetan
al encanto de su vista
quantos racionales tigres
á sus ojos no se humillan.

Esta escritura:--

*Va á reconocer la escritura, y sale
como despavorido el Milord mirando
á dentro.*

SF Milord. Espantosa
sombra de una aleve hija,
tente, espera; ¿qué me quieres?
Si yo huyendo de tu vista
iré:-- Pero, ¡ay infelice!

*Va á huir por la derecha, se suspende,
y retrocede.*

Sindhám, aguarda: no aflijas
mi corazón acordando
mi impiedad y tiranía;

si pues yo, ~~si~~: Valedme Cielos,
Quiere partir precipitado por la iz-
quierda, y se suspende.

que hasta la imagen mas viva
de Pamela se me ofrece,
excitando en su agonía
la ira de Dios contra mí.

¡Qué horror! Ya mi culpa misma
me hace ver la vengadora
espada de su justicia,

que de una invisible mano
á mi pecho dirigida
viene: espera, espera, aguarda,
ten el golpe, ten las iras

un instante: ¡oh culpa! ¡oh sombras:--
¡oh Dios! ¿Mauricio, Cecilia?

Bar. Milord, ¿qué teneis? ¿Qué turba
vuestro espíritu? ¿Qué agita
el ánimo vuestro?

Milord. Nada,
nada; todo me horroriza,
mirando despavorido la scena.

Bar. ¿Por qué dabais tales voces?
¿De qué temblais? ¿Quién contrista
vuestro corazón?

Milord. Dexadme.

Bar. ¿Acaso os entristecia
la memoria de Ana? ¿Qué
vuestra alma ya arrepentida
quiere volverla á su gracia?

D

Milord.

Milord. Callad: ¿á la gracia mia?

¡Qué rabia! Si se opusieran segunda vez á mi vista esos dos aborrecibles objetos, fueran mis iras seguramente verdugos inhumanos de sus vidas.

Bar. Padre el mas bárbaro y fiero de quantos á la Divina sabiduría debieron la honrosa prerogativa de padres, ¿qué monstruo horrible os ha engendrado? ¿Qué hidra infernal os abortó para la confusion mia?

¿Qué furia os hizo olvidar aquella ternura misma con que la naturaleza pródigamente benigna distingue á un padre del resto de los hombres? ¿Así estima vuestro error tal distintivo? Callad, que ya está corrida de haber dado tal caracter á un monstruo, con quien la ira pudo mas que el mismo amor paternal, y su caricia; y yo; corrido tambien de oír vuestra tiranía, tan templado. Mas con todo, porque veais quanto dista vuestro proceder del mio, leed este pliego; él diga quien es Fronsவில், en oprobio vuestro, y vanagloria mia.

vase dexándole en su mano el pliego.

Milord. ¿Posible es que yo sufriese la vergonzosa osadía con que Fronsவில் me ha tratado? Vive Dios, que esta ignominia:—

¿Pero qué papel es este, en que dice que se explica quien es él?

Abre y lee. *Donacion voluntaria que hace Jorge Fronsவில், Baron de Fronsவில் y de Breubston, á Madama Ana Enrica Darambi, hija legitima del Milord Darambi, á sus*

hijos y sucesores, de una casa de campo, libre, que goza dicho Baron á quatro millas de Londres, con todo el término y cabañas que le pertenecen en aquel territorio.

Representa. ¡Válgame Dios!

Un joven, que con tan fina pasion amaba á esa fiera, ¿no tan solamente olvida el disgusto de perderla, si que con tal hidalguia trata así de remediar sus desgracias? ¡Ah! Él excita mi compasion; ¿mas qué digo, compasion? Mi rabia, mi ira.

Sale Maur. Quando quisieris, podreis, señor, poner vuestra firma á aquellas cartas.

Milord. Bien: vete, dexame.

Maur. No es muy propicia la ocasion para rogarle por su desgraciada hija. Me irá. Señor, ablandad su corazon este dia. *vase.*

Milord. En vano, en vano me esfuerzo á resistir las continuas súplicas que hace el amor á favor de sus desdichas. Yo fui cruel; si, cruel; pues castigar deberia su culpa con mas dulzura, viendo que ya no tenia remedio. Muy digno soy de la amargura excesiva con que la naturaleza me angustia y me martiriza. ¡Ah, noble Baron, qué poco conocí yo en este dia tu virtud! Continuamente me avergonzará la misma memoria de tus acciones. Pero, pues la culpa mia conozeo, amor á enmendarla corramos, porque no digan los tiempos, si hacen memoria de mi desgraciada hija, que la crueldad de un padre

la sacrificó á su ira.
Sale Cecil. ¿Qué haceis, tio?
Milord. Nada.
Cecil. Nada. *remedándole.*
 ¿Qué respuesta tan concisa
 y grave? ¿Qué teneis?
Milord. Nada.
Cecil. ¿Pues por qué á vuestra sobrina
 poneis tan maldita cara?
 ¿Tiene la culpa Cecilia
 de que sin vuestro permiso
 se casase vuestra hija?
 ¿La busqué yo por ventura
 un novio de gerarquía
 tan humilde? ¿Tuve yo
 de esta infame accion noticia
 hasta hoy? Yo:::-
Milord. Calla, calla.
Cecil. ¿Yo aconsejé, por mi vida,
 que los echarais de casa,
 que quitarais á mi prima
 joyas, galas y vestidos,
 y que, como mugercilla
 ordinaria, la obligarais
 á salir hoy fugitiva
 de Londres? Supe yo acaso:::-
Milord. Vete, y dexame.
Cecil. Qué habiais
 de enfadaros de esa suerte,
 ni menos que:::-
Milord. Ya me irrita
 tu locura, y:::-
Cecil. Solo falta
 que venga á pagar Cecilia
 lo que otra comió.
Milord. ¿Aun no callas?
Cecil. Si callaré en la hora misma
 que me habléis con otra voz
 mas dulce, y mas expresiva;
 porque no puedo sufrir
 que allá os revuelvan las tripas
 las locuras de Ana, y que
 despicaros este dia
 querais conmigo, porque:::-
 Pero, tio, ¿es de mi prima
 esta carta? ¿Cómo está?
 ¿Desde dónde viene escrita?
 ¿Qué dice, á ver?

Sale el Bar. Milord, dadme
 ese papel, si por dicha
 le habeis leido, que es fuerza
 firmarle yo.
Cecil. Buenos dias,
 Baron: no porque Sindhám
 os soplase con malicia
 la dama, os pongais tan serio
 conmigo.
Bar. Con menos prisa
 os responderé despues,
 Madama.
Milord. Quanto me irrita
 Cecilia con su caracter.
 Tomad.
Bar. Con dolor me mira.
Milord. Tomad.
Cecil. ¿Son otros conciertos
 nupciales? dadme noticia,
 que me holgaré de saberlo.
Bar. No señora: él se contrista.
mirando al Milord.
Milord. ¡Ah Fronsvill!
Da un suspiro mirando á Fronsvill,
y parte por la izquierda.
Bar. Oid, Milord. *quiere seguirle.*
Cecil. Tened, que está aquí Cecilia,
 y no es ninguna fregona,
 para que sin cortesía
 la dexeis con la palabra
 en la boca.
Bar. Bien aprisa
 volveré.
Cecil. Con no marcharos
 os ahorráis esa fatiga.
Bar. Perdonad, que:::-
Cecil. Vos quereis
 que riñamos; pues por vida:::-
 Pero dexémoslo. Vaya,
 ¿qué me decís de mi prima,
 Baron? ¿Habeis visto afrenta
 semejante? ¿No es muy digna
 de lo que la está pasando?
 Vos, vos, ¿quál os quedariais
 ayer, quando os declaró
 todo el misterio sin cifras?
 Os aseguro que yo
 quedé tan enfurecida

Ya sed al oírlo:--

Bar. ¿Vos lo oísteis?

Cecil. Toma, y le fuí á dar noticia de todo al tío: si vierais qual se puso os reiriais.

Bar. ¿Y no os confundís ahora de pensar en las desdichas que causasteis á esta casa? ¿Habeis mirado tranquila el grande riesgo en que puso de Ana y de Sindhám las vidas vuestro poco juicio? ¡Ah! Madama, esa accion, indigna de vuestra sangre, os hará odiosa siempre á la vista de Fronsivill.

Cecil. ¿Ahora salimos con eso? ¿Quando creía que agradecierais el veros vengado ya por Cecilia de aquella estupenda pieza, que os jugó astuta la niña, me amenazais?

Bar. Vos, Madama, pensais con poca hidalguia, si he de hablar con claridad.

Pero Fronsivill os avisa, que si á la debilidad del sexô que os apadrina no atendiera, vuestra lengua hubiera ya en este dia arrancado, porque nunca cometiera igual perfidia. *va á partir.*

Sale Maur. ¡Oh qué júbilo! Señor, mi amo á llamar os envia.

Bar. Voy.

Maur. ¡Pobres jóvenes! Ya calmarán vuestras desdichas. *vase.*

Cecil. ¡Se dará tal desvergüenza!

¡A mi arrancarme (¡qué ira!) la lengua! Estoy por:-- Mas voyme á ver si puedo escondida oír lo que él y mi tío tratan. *Vil*, teme á Cecilia. *vase.*

*Levántase el telon, y se ve una cam-
piña dilatada con varias chozas, entre
ellas una medio caída, y junto á ella
algunas parvas; un riachuelo cruza*

*desde la derecha á la izquierda, con un
puente de tablas: sale por la izquierda*

*Ana, con un lio de ropa, conduciendo
á Pamela de la mano.*

Ana. Ven, Pamela mia, ven, y mientras tu padre cuida de aliviar tan á su costa nuestras amargas desdichas, procuremos aliviar nosotras las tuyas, hija; esta ropa me rogó aquella muger sencilla, que de comer nos ha dado, la lavase; y que la sirva es muy justo. Este es el rio; yo lavaré, y tú, hija mia, lo irás tendiendo.

Pam. No, madre, traiga usted acá por su vida la ropa, y verá qué presto la lavo yo, que aunque niña, estoy mas acostumbrada.

Ana. No, Pamela.

Pam. ¿Pues no mira, madre, que no sabrá hacerlo, como nacida en la rica Corte con tantos criados?

Ana. Ya no soy lo que era, hija.

Hereda el pobre trabajos, y hereda el rico delicias. Gocé delicias el tiempo que fuí venturosa y rica; mas hoy, ya que la fortuna me hizo pobre, es bien que admita lo que tocó en suerte al pobre, que son males y desdichas.

Ojalá quien antes supo las mudanzas repentinas de la suerte, me enseñara estas humildes fatigas, porque no las estrañase, si las mudanzas sufría.

En fin, de nuevo aprendamos á vivir, pues á otra vida tan diferente pasamos.

Pero vosotras que altivas, fidads en la fortuna,

no cabeis en vuestra misma

soberbia, dexad de estar
tan ciegamente engreidas,
porque son un sueño todos
los placeres y delicias
que gozais, y ay de vosotras
si despertais á otra vida.

Pam. Madre, no lloreis por eso,
que Dios querrá que algun día
sea yo grande, y entonces
os descansaré.

Ana. Ay querida
Pamela, que mis trabajos
no son los que el llanto excitan,
sino el ver que por mis culpas
vives tú tan abatida.

Pam. Madre mia, siendo pobre
viviré siempre tranquila,
sin temer desgracia alguna,
puesto que si bien se mira,
la mayor, que es el ser pobre,
la tengo toda mi vida.

Ana. Es verdad. El corazon *ap.*
sus discursos me contristan.

Pam. Madre, ¿quiere usted que cante
porque tanto no se aña ja?

Ana. Sí, Pamela. ¡Ay, Sindhám mio,
qué imagen tan propia y viva
es de tu virtud!

Pam. Oid,
y no lloreis, madre mia.

*Canta Pamela, y Ana se pondrá á
lavar.*

Música. Quando libertades canta
el alegre ruiseñor,
llora la incauta perdiz
su inesperada prision.
El ruiseñor la mira
desde el verdé tomillo,
y riendo sus penas
la dice en dulces trinos:
pues reistes ayer ageno mal,
justo es que llores hoy propio dolor.

*Acaba de cantar, y empieza á tender
la ropa que Ana ha lavado: sale por la
derecha Ricardo, diciendo los primeros
versos, y tras él conducido por unos
labradores Sindhám como muerto, con*

*todo el rostro ensangrentado y la cabe-
za vendada: los labradores hacen lo
que dicen los versos.*

Ric. ¡Pobre joven! Me entenece
su inesperada desdicha:
conducidle poco á poco, *le sacan.*
y en esa choza caída
le dexad, mientras que doy
le dexan sobre una parva.

á mi señor la noticia
de este acaso, y::: Mas aquella,
si no me engafia la vista,
es la que hace pocas horas
que le llevó la comida
al monte: ella es. Señora,
llegaos aquí. ¡Qué afligida
se pondrá!

*Ana y Pamela recogen la ropa, y se
vienen á Ricardo.*

Ana. ¿Qué me mandais,
Señor? ¿Pero qué registran
mis ojos? Sindhám.

*Ve á Sindhám, corre precipitadamen-
te á él, y Ricardo la detiene.*

Ric. Teneos,

señora; sé que es precisa
vuestra pena en ocasion
tan funesta é impropicia;
pero advertid que esa pena
dará antes fin á la vida
de ese infeliz, si en sí vuelve
y vuestro tormento mira.

Dispuso el Cielo, señora,
que baxando ahora una encina
desde el monte resvalara,
y cayera de la cima
hasta el llano despeñado,
de modo que aunque con prisa
partimos á socorrerle,
fue ya en vano. La Divina
misericordia tan sola
podrá evitar la desdicha
de su muerte.

Ana. ¡Oh Dios!

Ric. De nada
puede servir que se aflija
vuestro corazon. Pedid
por él á aquella infinita

misericordia conceda
 á su alma arrepentida
 el perdón, y en la morada
 de los justos la reciba.
 Yo voy á dar al instante
 á Vaturmank la noticia
 de esta desgracia, y á enviaros
 quien en tal trance le asista. *vase.*

Ana. Santo Dios, pues coronar
 quisisteis hoy mis desdichas
 con la mayor, concededme
 fuerzas para resistirla.

Pam. Madre, ¿qué tiene mi padre?
 ¿le ha hecho esa gente enemiga

Llora Ana.

algun mal? ¿no respondeis,
 y llorais?

Ana. ¡Ay hija mía!
abrazándola con ternura.

Pam. Usted me entristece, madre.

Ana. Quiso la recta justicia
 castigar mi horrendo crimen,
 Pamela amada. Me quita
 un esposo á mí que era
 el centro de mis delicias;
 y á tí un padre que te amaba
 tiernamente.

Pam. ¡Ah madre!

Ana. ¡Ah hija!

Permanecen algunos instantes consternadas sin separarse, en los cuales Sindhám se incorpora sobre la parva como volviendo de algun letargo; reconoce la scena poco á poco, y al descubrir á Ana y Pamela mira al Cielo enternecido, y quiere levantarse; lo qual advertido por las dos corren precipitadamente á sus brazos con las primeras palabras, y permanecen algun instante suspensas.

Sind. ¡Buen Dios! *Ana.*

Ana. Esposo.

Pam. Padre.

Sind. Bella ya ha llegado el día
 en que te dexé mi muerte
 vengada de las desdichas
 que te originó Sindhám.
 Ya en vano el valor maquina

resistir estos terribles
 instantes de mi partida.

Tú sabes quanto á mis ojos
 fuiste amable, y la fatiga
 con que te he visto cercada
 de penas por causa mia;
 y aun el bien de acompañarte
 en la adversidad me quitan
 los Cielos. Yo muero, Bella.

Ana. ¡Ah caro Sindhám!

Sind. Alivia

tu dolor fiero, y recibe
 este golpe que te envían
 los Cielos con un valor,
 con una constancia digna
 de tu virtud. Al instante

que tus manos compasivas
 cierren mis ojos, darás
 á tu padre la noticia
 de mi muerte. Irás á verle,
 y con esa infeliz hija
 de nuestro amor, te echarás
 á sus pies, y ambas sumisas
 implorareis su perdón.

Dile quan arrepentida
 viste la alma de Sindhám
 de haber causado tu ruina,
 y haberle irritado. Dile
 que en mi postrer agonía
 le rogaba que amparase
 vuestras inocentes vidas.
 Y tú, amable compañera
 de mis ansias, muger digna
 de mejor suerte, perdona
 la impiedad y tiranía
 con que te hice conocer
 la humillacion mas iniqua.

Ana. Calla, Sindhám, que tus voces
 mi corazón martirizan
 más, y mas. ¿Crees acaso
 que Bella te miraría
 espirar, sin que espirase
 contigo? No no permitan
 los Cielos, amado esposo,
 que Bella te sobreviva
 un instante. Yo aborrezco
 esta existencia: mi vida
 es ya de ningún provecho

en el mundo.

Sind. ¡Ah! Esa hija:—

Ana. ¿Esta hija? ¿Pues qué amparo la quedará, aunque yo viva, si falta su padre?

Sind. ¡Ah esposa! *Vive*

tu mismo dolor te inspira unos discursos ajenos de un corazón donde habita la religión. *Vive* vive, para que en parte redimas la triste suerte que sigue á esta infeliz hija mía.

Enjuga su tierno llanto, pues que los Cielos me privan á mí de hacerlo. Esto solo te ruega en sus agonías tú *Sindhám*. Aquel *Sindhám* que te amó toda su vida con el extremo mas puro, y admitido por la misma virtud, por la religión, y el infortunio. Y tú, hija la mas desgraciada, llega, y recojan tus mejillas el tierno y último llanto que mis ojos te dedican.

La abraza.

Estréchate entre mis brazos un instante que de vida me queda, y el postrer fruto de mis ternuras estima.

Un cúmulo de trabajos te dexa la tiranía

de tu padre por herencia, perdónale, amada hija, y su eterna bendición mientras vivieres te siga.

Pam. Yo quiero morir con vos.

Sind. Apártala de mi vista, esposa, que su presencia aun mas que la muerte misma me es cruel. A Dios, á Dios; y pues tan cerca se mira mi última hora, permitid que vuelta ya el alma mía á su Criador, implore el favor que necesita.

A Dios para siempre.

Abraza con ternura á las dos, é inmediatamente Ana se aparta con Pamela algunos pasos ácia la derecha consternada de dolor.

Ana. Ahora penas acabad mi vida.

Sind. Señor, apartad de mí esas imágenes vivas de mi dolor, porque en Vos

esté solo el alma mía; y pues para hacerla vuestra tolerasteis una indigna y afrentosa muerte, solas

vuestras manos la reciban. *muere.*
Ana vuelve los ojos con temor á Sindhám, y al verle caer corre precipitadamente ácia él á tiempo que por la izquierda salen Ricardo y labradores que las detienen hasta su tiempo.

Ana. *Sindhám.*

Pam. Madre.

Ric. Deteneos, infeliz muger.

Ana. Permita vuestra bondad que yo acabe en sus brazos.

Ricardo. Me contristan sus voces. Ved si ha espirado á los labradores, ese infeliz.

Ana. Hija mía. *reconociendo á Sind.*

Labrad. Ya espiró.

Ric. Descanse en paz.

Pues, señora, el alma impía de *Vaturmank* ni á mis ruegos, ni á vuestra amarga desdicha se ha demostrado sensible: únicamente os envía esta guinea por paga

la da una moneda.

de lo que en aqueste día trabajó aqueise infelice; pero cruel os intima, que jamas volvais á verle.

Ana. ¡Ah!

Ric. Señora, no os aflija su precepto. Partid todos.

La-

30
// *Labradores.* ¡Qué lástima! *V^o*

Ric. Yo queria
conduciros á mi casa
por piedad: mas mi familia
es mucha, y mas mi pobreza.
Sin embargo, mi sencilla
voluntad aliviará
vuestras acerbas fatigas.
en quanto pueda,

Ana. El Señor,
por vuestra piedad, bendiga
la casa vuestra

Ric. Y á vos
os consuele en este dia.
Pero, señora: pues tanta
virtud resplandece y brilla
en vos, esta es ocasion
muy propia de refundirla
y acrisolarla, abrazando
con una entereza digna
y christiana el golpe atroz
que su Magestad envia.
Padre es de todos: él hoy
templará vuestras desdichas.

Ana. Ah, señor, quanto conmigo
vuestra bondad sentiria,
si supierais una parte
de mis desgracias.

Ric. Consigan
mis ruegos que todas ellas
las confieis este dia
á una alma que tiernamente
os ayudará a sentir las.

Ana. Si haré: mas antes quisiera
escribir esta noticia
infausta á mi amado padre

Ric. ¿ Le teneis?

Ana. ¡ Ah!

Ric. ¿ Dónde habita?

Ana. En Londres.

Ric. ¿ Cómo se llama?

Ana. Permitid que no os lo diga,
señor, hasta que sepais
despues todas mis desdichas.
Yo le escribiré: vos luego
buscareis quien en su misma
mano le entregue mi carta
pagándole su fatiga

con esta guinea.

Ric. Yo,
yo mismo en aqueste dia
se la llevaré: esperad,
mientras me llevo á la Quinta
por tintero y papel.

Ana. Sí.
y mi ternura os suplica *al oido.*
lleveis con vos á Pamela,
porque tanto no me aflija.

Ric. ¡ Pobre joven! Si haré. Ven,
ven conmigo, Pamelita,
te daré de merendar.

Pam. ¿ Y mi madre?

Ana. Aquí, hija mia,
te espero.

Pam. No me dexéis,
si deseais que yo viva.

vase con Ricardo.

Ana. Ahora, ahora pesares
es ocasion propicia
de que exerzais unidos
en mí vuestra impiedad y tirania.

Ahora que mi alma
tan postrada se mira,
podrán vuestros rigores
á vuestro imperio bárbaro rendirla.

Ahora que yo propia
aborrezco mi vida,
podreis lograr el triunfo
que quando yo la amaba apeteciais.

No, no os durmais, pesares,
venid, matadme aprisa;
que, pues murió mi dueño,
vivir no puede quien por él vivia.

Cielo inhumano, Cielo,
que de mí bien me privas,
vuélvemele, ó acaba *(tenia.*
tambien el bien, que por mí bien

Ojos tristes, que un tiempo
visteis con alegría
la luz del Sol, huid de ella,
pues os faltó la luz con que veiais.
Corazon, tú que fino
quisistes algun dia,
aborrécelo todo,
pues te faltó el objeto que querias.

ca-

trazando papel
Atarriba
29

2.º B. 117. 2.ª y criados 32

Camina llorosa á Sindhán, y se sienta
junto á él.

Y tú, joven amable,
que fuiste mi delicia
el venturoso tiempo
que enamorado y fiel te poseia;
tú que sacrificaste
esa preciosa vida
al odio de un tirano,
y al amor de una esposa, y una
admite en recompensa
de tu fineza digna
las lágrimas acerbas
con que riegan mis ojos tus cenizas.

(hija,

Recibe los suspiros
que el corazon te envia,
mientras quiere mi pena (mia.
que acompañe á la tuya el alma
Ase las manos y se las besa con ternura.

En estas yertas manos
con que veces distintas
me mostrabas un tiempo
aquella fe y amor que me tenias.

En estas mismas manos,
que yo besar solia
con la mas pura llama (aviva,
que amor enciende, y la virtud
te juro, esposo, que antes
criará el Cielo espinas
y el campo estrellas puras,
que se vean sin llanto mis mexillas;

(aviva,

antes incendios vivos
darán las aguas frias,
y del piélagos inmenso
serán contadas las arenas mismas
que el placer en mi alma
halle grata acogida,
ni de mi pecho falten
el amor, el dolor y la fatiga.

Y si aun así no se halla
tu fe correspondida,
pagada tu fineza,
y satisfecha tu pasion activa;
desde el celeste Alcazar,
donde tu alma habita,
sal á ver la amargura (mira.
con que una esposa que te amó se

(mira.

Sal á ver (¡oh Pamela!)
como (á Dios amada hija.)
sobre tu helado cuerpo
el mismo amor acaba ya mi vida.
Dexa caer el rostro sobre el pecho de Sindhám como muerta, y por la izquierda sale Pamela con tintero y papel.

Pam. Madre, madre. ¿Si se habrá
quedado ahora dormida?

Se va obscureciendo el teatro.

Voy á verlo. O padre mio,
se llega á Ana.

¡y qué poco vuestra hija
os conoció! ¡Ah! Si vivierais
¡con qué extremo os amaría!
¿Si la despertaré? No,
que es fuerza que esté rendida.
Pero el miedo no me dexa
estar sola. Madre mia.

La coge la mano.

¡Qué helada está! Madre, madre.
No responde: si dormida
estuviera, despertará
á mis voces. ¡Qué desdicha!
¿si se habrá muerto? Dios mio,
hincase de rodillas, y plegando las manos, dice, mirando al Cielo.
dad á mis padres la vida,
ó matadme a mí tambien.

Salén por la izquierda precipitadamente Ricardo, Milord, el Baron, Cecilia, Mauricio, y Criados con barchas.

*Señores, llegad aprisa,
que aquí han de estar.
Como asustada, y sin saber donde
esconderse.*

Pam. ¡Ay de mi!
Milord. ¿Dónde, dónde está mi hija,
Ricardo? ¿Pero qué veo?
Pamela, Pamela mia,
¿dónde está tu madre?

Pam. Veisla
allí muerta en compañía
de mi padre.

Milord Calla, calla,
que tú mi dolor duplicas.

E ¡Ana

¡Ana muerta! Cielo santo,
hora es ya que vuestras iras
confundan á este inhumano
verdugo de sus dos vidas.

Fronsvill, Mauricio, romped,
romped con vuestras cuchillas
mi pecho, para que lave
la inhumana sangre mia
mi culpa atroz. Sí, matadme;
sed piadosos este dia
conmigo.

Bar. Milord.

Maur. Señor:-

Milord. Matadme, sí, y las desdichas
que causé á estos inocentes
pague al menos con mi vida.

Bar. Templaos, Milord, que tal vez
no habrá muerto todavía
Bella.

Milord. Bella ha muerto, sí;
mis sentimientos lo afirman.

Castigó el Cielo mi culpa
negándome la alegría
de verla, y de recoger
sus últimas agonias
en mi seno. ¡Oh Cielo! ¡Oh noche

¡la mas horrible é impropia
para mí! ¡Ay Ana! ¡Oh Pamela!

Llegase á abrazar á Pamela, y ésta
se retira medrosa.

Pam. ¿Qué, despues que vuestras iras
dieron la muerte á mi padre
y á mi madre, pretendiais
que yo os abrazára? No,
no lo penseis: temeria
con razon que me alhagabais
para matarme.

Milord. ¡Oh querida
Pamela, quan digno soy
de este oprobio! tu sencilla
reconvencion me es cruel
aun mas que mi culpa misma.
Tú cubres mi corazon
de rubor, y tú me obligas
á que ya desesperado
huya de la compañía
de los hombres, y entre fieras
inhumanamente viva,

pues fiera fui. *queriendo partir.*
Bar. No, Milord,
teneos: vuestra excesiva
pena, ¿pero qué diviso?

Ana va volviendo en sí, el Milord y
Pamela quieren arrojarle á ella: el Ba-
ron detiene á aquel, y Mauricio
á esta.

Bar. y Maur. Deteneos.

Pam. Madre.

Milord. Hija.

Ana. Ay de mí!

Ricard. Yo estoy absorto.

Cecil. Yo me siento enternecida.

Milord. Hija amada.

Pam. Madre.

Bar. Bella.

Maur. Señora.

Cecil. Yo llego. Prima.

Ana. ¡Oh Cielo! ¡Oh piadoso Cielo!
¡Oh padre!

Milord. Sí, hija querida,
tu padre soy; aquel padre
que con tanta tiranía
buscó tu muerte, es el mismo
que hoy arrepentido miras.

Ana. ¡Ah dulce padre! Pues quiso
mi suerte darme la dicha
de morir en vuestros brazos,
dignaos por vuestra vida
de perdonar á esta tierna
y desventurada hija
de mi culpa.

Milord. ¿Qué pronuncias,
Bella infeliz? No prosigas.
Yo soy el que tu perdon
imploro aquí de rodillas:
concedemele.

El Milord se echa á los pies de Ana, y
ésta quiere detenerle.

Ana. ¿Qué haceis?

¡Ah! Mi situación me quita
abrazar hoy vuestros pies,
padre: mas llegad aprisa
á mis amorosos brazos,
para que con alegría
espere en ellos. Los males
que padeció el alma mia

castigaron las ofensas
que os hice, y así consigan
mis lágrimas que al sepulcro
vuestra bendicion me siga.

Milord. La mia, y la de aquel Dios
que ha de juzgarnos un dia,
caygan sobre tí.

Ana. Ya Padre

muero gozosa y tranquila.

Eronsvill, alma la mas bella,
la mas virtuosa y digna
de Inglaterra, buen Mauricio,
piadoso Ricardo, prima,
y tú, pedazo el mas tierno
de mi corazón, arrima

abrazá á Pamela con ternura, y los
demás hacen extremos de pena.

estréchate entre los brazos
de una madre cuya vida

va á cabar. Tu digno abuelo

(pues mi amor se lo suplica)

cuidará de tí; y Dios mismo

te concederá mas dichas

que á mí si tu corazón

conservas sin la mancilla

de la culpa. A Dios, Pamela.

A Dios, padre. A Dios, Cecilia.

Yo muero. ¡Oh Sindhám! Rogad
por mí al Señor. *muere.*

Pam. Madre.

Milord. Hija.

Bar. ¡Triste scena!

Maur. ¡Qué dolor!

Cecil. Pues yo causé vuestra ruina,
eternamente la debe
llorar mi alma arrepentida.

Bar. ¡Ah Bárbaro Vatuxmank;
¡Ah tí! Vuestra codicia
castigaré, pues fue causa
tal vez de aquesta desdicha.
¡Ah Madama! Veis:::-

Cecil. Mis ojos
mi eterno dolor os digan.

Bar. Tarde es yá.

Milord. ¡Oh Sindhám! ¡Oh Bella!

Bar. Una fortaleza digna
de la alma vuestra es tan solo
lo que mostrar deberiais.
Con ella redimireis
quanto vuestra tirania
hasta aquí ha errado.

Milord. ¡Ay Eronsvill!

Milord. Qué tarde ví mi perfidia!

Però pues la ví tan tarde,

vamos á enmendarla aprisa.

Todas aquestas cabañas

á Mauricio.

compra al punto, y de orden mia

se haga un Hospital. El centro

que ocupan Sindhám y mi hija

ocuparán las estatuas

de los dos, que al mundo digan

su desgracia, y los efectos

de mi alma arrepentida:

satisfaga en algun modo

quantas acerbas desdichas

les causé, mientras mi llanto

da un breve fin á mi vida.

Y tú, inocente Pamela,

pues mi crueldad te quita

tan dignos padres, encuentra

su pérdida en mis caricias:

quanto tengo es tuyo.

Bar. Y ya

que no pudo la hidalguia

dá la escritura al *Milord.*

de esta donacion servir

de remedio á la desdicha

de dos infelices, hoy

de aumentar tu herencia sirva.

Milord. Ved que:::-

Bar. Hacedme esta merced,

Milord, y vamos aprisa

de aquí.

Milord. Vamos, y pues que

tenemos tan á la vista

de las víctimas de amor

el fin funesto, consigan

Todos. Sus defectos el perdon,

é indulto nuestra fatiga.

ADVERTENCIAS AL LECTOR.

EL presente drama, ya sea cómico en todas sus partes, como creo, ó ya trágico, como quieren algunos, por hallar en él una catástrofe lastimosa, es pensamiento de una Novela Inglesa, nada desfigurado por la parte episódica de la composición. He procurado proponer diversos caracteres de nobleza, de virtud, de crueldad y baxeza, sosteniéndolos lo posible á pesar de las diversas situaciones en que se presentan. Su regular entable, sus sentimientos, el contraste de pasiones vehementes y la ternura del asunto son interesantes: la acción es una sola, aunque acompañada de varios accidentes. El lugar de la Scena se extiende á Londres y sus cercanias, ensanche que dió, y aun ha seguido en muchas de sus composiciones la religiosidad de nuestros preceptistas Franceses. Solo la unidad del tiempo padece alguna violencia por la precipitación de la catástrofe; pero el que conozca nuestros teatros, y sepa que mas se escribió este drama para un público espectador que para un sabio escrupuloso, disculpará esta y otras faltas en que haya incurrido.

11	-	2
10	-	3
9	-	4
8	-	5
7	-	6
6	-	7
5	-	8
4	-	9
3	-	10
2	-	11

teatro

~~Expendios en el teatro~~

Lista de Comedias desde el 87 a 99. Que hanza el 85. e

87	El defensor de...
88	El defensor de...
89	Exanga adelante
90	Exanga adelante
91	Exanga adelante
92	Exanga adelante
93	Exanga adelante
94	Exanga adelante
95	Exanga adelante
96	Exanga adelante
97	Exanga adelante
98	Exanga adelante
99	Exanga adelante

80
 81
 82
 83
 84
 85
 86
 87
 88
 89
 90
 91
 92
 93
 94
 95
 96
 97
 98
 99

